

USOS Y COSTUMBRES
DE LOS
INDIOS PAMPAS
Y
ALGUNOS APUNTOS HISTÓRICOS SOBRE LA GUERRA
DE LA FRONTERA.

POR

J. Barbán.



BUENOS AYRES,
IMPRESA DE J. A. BERNHEIM, CALLE DEFENSA, 73.

1856.

Señor Sargento Mayor,

DON JOAQUIN VIEJOBUENO.

Cuando veo á un milltár en mi país adornado de las virtudes que tanto resaltan en Vd, me siento irresistiblemente obligado á rendirle homenaje. Acepte Vd. Señor, el que humildamente rindo á las suyas, presentándole la obrita que lleva por título : « USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PAMPAS. »

Federico Barbará.

Buenos Ayrés, Julio de 1856.

ADVERTENCIA.



Habiendo estado en Tapalqué, por los años de 1847 y 48, conocí á un Cácique llamado Juan Manuel Catriel (padre del actual Cácique), y con este motivo, y el de estar de dependiente en una casa de negocio, hice amistad con él, visitándole continuamente. Los *Úsos y Costumbres* que publico, han suma sido estudiados en sus Tolderias; y los apuntes históricos los he tomado de varias obras y manuscritos que generosamente me han sido facilitados por algunos amigos.

Mi permanencia en el ejército de operaciones durante ocho meses, me ha sido de utilidad, por cuanto he podido conocer prácticamente el sistema de pelea que usan los Indios en los encuentros que han tenido lugar, este año y el pasado.

En todo el tiempo que permànci en él, me dediqué con empeño á estudiar nuevamente los Usos y Costumbres de los Indios Pampas; y favorecido por mi posicion puede lograrlo por medio del contacto inmediato en que estaba con ellos.

La tribu de Maiká, que es la que está en el ejército, me ha corroborado las noticias que yo tenia de algunas Costumbres de los

Pampas; pero los Indios de ella, en razon de hallarse bajo la dependencia del general en gefe, no pueden practicarlas del todo, como lo hacen las que no se encuentran en este caso; principalmente en lo relativo á quemar los brujos que lo harian si les fuese permitido.

No dudo que la obrita que hoy presento á mis compatriotas, estará llena de imperfecciones gramaticales y falta de método: la carrera militar á que estoy consagrado, me absorbe el tiempo que podria tener para dedicarme al estudio de la literatura; pero ella mostrará el deseo que me ha animado de poner en conocimiento de mis compatriotas las noticias que he podido recoger de los Indios Pampas, sus costumbres, su idioma y su religion.

F. BARBARÁ.

Junio de 1856.

USOS Y COSTUMBRES

DE LOS

INDIOS PAMPAS.



Cuando Cristobal Colon hizo sus descubrimientos advirtió en las costas de tierra firme, que los habitantes de ella no tenian la mas pequeña idea de los objetos que se ofrecian á su vista; pues cuando vieron embarcaciones mayores creyeron que eran mónstruos marinos, segun e asombro que esto les causó. Los primeros soldados que vieron á caballo los tomaron por Centauros, confundiendo en una sola pieza caballo y jinete.

Miraban con sorpresa la barba de los Españoles, sus armas y vestidos; y lo mismo que les sucede á los niños, recibian con mucha alegria los presentes que les hacian de cuentas de vidrio, cadenas falsas, dedales, espejos y otras chucherias; y daban por estó, en recom ensa

su pedrería, planchuelas de plata, y varias otros especies que para ellos no tenían gran valor.

Entre esos indios, los mas osados y curiosos iban siguiendo hasta el mar á los generosos repartidores de aquellas bagatelas, y aun se echaban á nado por que les diesen mas; pero si para librarse de su importunidad, ó por cualquier otro motivo disparaban un fusil, huían espantados á manera de una bandada de pájaros.

El mayor asombro y terror era cuando oían el estámpido del cañon, entonces se echaban á tierra, y si algun imprudente herido del proyectil se arrastraba ensangrentado ó caía inmóvil, les parecían dioses unos hombres que manejaban el rayo y despedían la muerte.

Con la fundacion de Buenos Aires y el comercio que se estableció, unido á las buenas relaciones que los españoles trataron de cultivar con los naturales, fueron estos acostumbrándose á mirarlos con menos asombro que el que les produjo la primera vez que los vieron.

Entre la multitud de naciones bárbaras que poblaban este vasto territorio habia unos indios de raza de gigantes segun lo declaró Hernando Magallanes por el año de 1520 al descubrir el estrecho que lleva su nombre. Dice que hizo saltar á tierra siete arcabuceros para que se apoderasen de unos cuantos de esos gigantes que andaban por la costa. En efecto, á poco andar

dieron con ellos, pudiendo apoderarse de três que fueron en seguida conducidos á bordo.

De estos tres se huyeron dos, y el que quedó fué bien considerado por Magallanes, mas conservando una tristeza al verse entre gente tan estraña, y que á su altura de gigante le parecian unos pigmeos. Uno de los soldados al pasar por cerca de él, llevaba un espejo y se le ocurrió aproximárselo á la cara para que se viese cosa que le causó al indio un miedo espantoso al ver su fisonomía tan fielmente reproducida: Este asombro despertó la curiosidad de toda la tripulacion y porfiaron para hacer que se mirase quieto. Lo que volvió á verse en el espejo, quizo abrasarse de este, y al hacer el movimiento, el soldado que lo tenia se fué al suelo; el gigante se echó sobre él con el fin de romper el objeto que tanto asombro le causaba. Magallanes hizo que le impidieran esto, y lo calmaran. Con relacion á su talle se calculaban sus fuerzas, y para salir de dudas mandó que alzase una pipa llena de agua que estaba estiyada sobre la cubierta del buque, la cual se la levantó y dió unos pasos como si lleváse una pluma.

Hizo una tentativa con objeto de evadirse, y ocho ó diez soldados de los mas nervudos se la echaron encima y tubieron que hacer bastantes esfuerzos para amarrarlo.

Prodújole esto tanto disgusto, que desde entonces no quizo comer y murió hidrófobo. Su

cuerpo fué medido y resultó tener 11 piés castellanos.

La guerra que los indios han sostenido con Buenos Aires data de los años de 1738 y 40, habiendo antes de esos años, hecho algunas pequeñas incursiones para inquietar á los habitantes que vivian en la campaña.

Un cáciquellamado Cangapol era en esa época el mas poderoso de las tribus nómades, imponiendo respeto y temor á los demas caciques. Cuando alguno de estos contravenia sus disposiciones, lo atacaba y castigaba severamente, haciendo alarde de crueldad. Si lograba vencerlo, hacia degollar hombres, mujeres y niños, haciendo multitud de huesos, cráneos, &a.; y teniendo que presenciar esta horrible escena aquellos que se escapaban de ser inmolados.

La política de este famoso cacique se reducía á mantener la paz con los españoles, á fin de que estos le concediesen permiso para cazar en los campos contenidos dentro de los partidos de Matanza, Conchas y Magdalena.

Este cacique prohibia que las otras tribus se internasen dentro de los referidos partidos; y solo les concedia permiso para hacer sus correrias y boleadas, en las inmediaciones del Salado. A pesar de los celos con que los indios miraban á los españoles, no obstante conservaban como de jo dicho, buenas relaciones, estableciendo un comercio entre estos á cambio de sus telas. Asi

permanecieron pacíficamente hasta el año de 1738, en cuya época rompieron su amistad disponiéndose para la guerra, á la que fueron provocados por el celo indiscreto de los españoles.

El primer paso que dieron estos y por el cual se disgustaron los indios, fué la espulsion de uno de sus caciques llamado Moyu-Pili-yá', quien era muy estimado entre indios y cristianos. Bien pues, este cacique fué espulsado del territorio sin tomar en consideracion las consecuencias que mas tarde habian de surgir. No se concretaron á esto unicamente, sino á obligarle tambien que se retirase lejos y no pudiese comunicarse con sus indios.

A una órden perentoria y apoyada por la superioridad de las armas, no le quedó mas remedio que obedecer y retirarse al lugar que se le habia designado, y lo hizo asi mismo por no esponer á su familia si desobedecia. Poco tiempo despues de su ostracismo, murió de pezar al verse espuesto al furor de los Ranqueles que le oborrecian por creerlo amigo de los cristianos.

La muerte de este cacique produjo una impresion profunda en su tribu y en las otras sus vecinas y aliadas, determinándose á dar un avance á las posesiones pertenecientes á los españoles. Despues que se reunieron con este fin, acordaron los caciques los medios mas conducentes para efectuarlo. Para esta empresa no

habian querido invitar á Cangapol, suponiéndole amigo de los españoles, y esperaban que este por su parte retirase su amistad en vista de los perjuicios que se inferian á la nacion Querandis. Al principio se limitaron á enviar partidas compuestas de Taluheches y Picunches, las que atacaron varias poblaciones indefensas situadas por el rio de Areco y Arrecife, guiándoles dos caciques llamados Hecanantú y Carulonko.

Tan pronto como se supo en la ciudad la noticia de esa invasion, acudió D. Juan de San Martin, mariscal de campo, con alguna fuerza, y se dirigió al punto invadido. Los Indios anduvieron mas vivos en su rapiña, y conseguida ésta, se pusieron en retirada, siendo su objeto robar eludiendo el combate.

Viéndose este Señor burlado y que volverse como habia salido no le parecia propio, resolvió cambiar de rumbo, y alimentado con la seguridad de su fuerza y confiado en su valor se dirigió al Sur, avisándolo al Gobernador. Para esta operacion no tuvo otro fundamento que un falso informe que recibió de que los indios ladrones se habian retirado con el robo en direccion á San Borombon. Los españoles de que se componía la fuerza de San Martin, manejaban bien las armas, y entusiasmados deseaban dar con los salvajes para escarmentarlos. Les parecía una obra tan fácil que se creian menguados, llevando una fuerza que segun ellos bastaba

para el total esterminio de los indios. En esa época iban los mas de los soldados armados de pies á cabeza, y los enemigos que tenian que combatir solo presentaban sus desnudos cuerpos, y sus armas eran flechas y lanzas, pero los españoles llevaban armas de fuego, teniendo la ventaja de su parte.

En lugar de dar con los perpetradores del robo, cayó de súbito en las tolderías de Calelillán, viejo cacique que vivía con su familia é indios, que no se habia metido para nada con los españoles, antes bien, conservaba respeto y cariño á estos. Cuando llegó el mariscal, se hallaba el pobre viejo con la mitad de su gente entregado á Morfeo, é ignoraba de todo punto lo que habia ocurrido, no concibiendo la menor sospecha de peligro. Con efecto, el Señor Mariscal, sin tomarse el deber de examinar antes si aquellos pobres diablos eran ó nó los ladrones, se echó sobre tan durmientes enemigos, mandando á sus soldados hacer fuego y matándoles por consiguiente muchos indios, mujeres y algunos chiquillos que pagaron esta tamaña ignorancia del Sr. Mariscal.

Todavía se conserva en los indios actuales este episodio de aquella época, comentándolo á su sabor: y cuando lo recuerdan lloran y patean de pezar. Los que se escaparon de aquella San Bartolomé, resolvieron no sobrevivir á tan

enorme desgracia, y al efecto se armaron y dispucieron á vender caras sus vidas.

Al fin de fiesta se regaló el Sr. Mariscal, ordenando la degollacion de rebeldes y sumisos, cayendo entre estos varios Capitanejos.

A este sazón se encontraba ausente Calelillan hijo del viejo cacique muerto, y teniendo noticia de lo ocurrido en las tolдерias de su padre, se vino apresuradamente, concitando algunos indios, consiguiendo por esto medio reunir 300 de sus mas amigos dispuesto á correr, si era preciso, la suerte de sus mayores. No queria creer el jóven indio lo que habia sucedido y para cerciorarse se dirigió al paraje funesto, y allí, á la vista de tantos cadáveres quedó desengañado. Rujó cual una fiera y resolvió vengarse del mismo modo que habian hecho con sus deudos. Contó la fuerza; la proclamó, y veloz como el rayo. se lanzó en poz de sus poderosos enemigos. Como esto sucedió casi simultáneamente, muy pronto avistó á los españoles que engolfados en su triunfo y seguros por otra parte de no ser inquietados, iban retirándose lentamente.

Asi que los vió se arrojó con impetuosidad sobre ellos, matándoles un gran número de soldados, tomando algunos prisioneros y llevándose todo el ganado que encontraron. Fué cruel el indio en esta ocasion, pues segun el decir de los que conservan esto acontecimiento

legado por la tradicion, no dejó vivo á todo el que cayó bajo su poder, haciéndoles sufrir antes horriblemente.

Sucedió esto en las inmediaciones de la Villa de Lujan y muy pronto llegó la noticia á la ciudad. Procediose inmediatamente á la formación de un cuerpo para que contuviese los progresos de la invasion.

Toda la presteza que se daban para la organizacion de ese cuerpo que debia poner á raya la audacia y astucia de los indios, no fué lo suficiente para que evitasen los males que amenazaban á las familias que se hallaban establecidas fuera de la Capital.

Con efecto, lograron los españoles levantar cerca de seiscientos hombres de línea y milicias regularmente disciplinadas.

Con esta fuerza salieron de la Capital en persecucion de Calcillan, siéndoles imposible dar con él despues de muchas marchas forzadas é infructuosas que tubieron que hacer. En tanto andar dieron con el cacique Cangapol que se habia retirado con sus amigos. Viéndose chasqueados pues no iban en busca de amigos sino de enemigos, se resolvieron proseguir siempre al Sur hasta llegar al Volcan, donde encontraron una tribu denominada Guiliches, la que, no siendo enemiga salió con la mayor solicitud á recibirlos sin llevar ninguna clase de armas.

Como el Sr. Mariscal iba ávido de topar ene-

migos, sin acordarse de lo que le habia pasado, (verdad es que ahora llevaba 600 hombres), supuso á estos pobres, los agresores comandados por Calelillan, y sin mas que esta hipótesis, mandó cercarlos ejerciendo con ellos otro acto parecido al del viejo Calelillan. Muy ufano con esta medida saludable segun él, contramarchó hácia el Salado, donde se hallaba acampado un cacique Tehuel llamado Tolmichilla, — primo de Cangapol, el cual estaba aliado con los españoles y poseia una carta del Gobernador de esa época, la cual conservaba para su seguridad. Ni por esto se escapó, pucs así que se vió con el mariscal de campo dióle este, un pistoletazo en la cabeza que lo dejó muerto. Acto continuo se apoderó de las mugeres cautivándolas á la par de sus hijos quienes lloraban la pérdida de su padre que yacía cadáver. El único que se escapó fué el hijo mayor de este cacique debido á la casualidad de andar dos dias antes en las boleadas de caballos silvestres, acompañándole una partida de los indios que pertenecian á la triba de su padre.

Ya se puede inferir lo que una conducta semejante observada por el maestre de campo, influria en el ánimo de todas las tribus que existian en tan vaste llanura, previniéndose en vista de esta á reprimir tanta crueldad.

La noticia esparcida bien pronto por todas las naciones de indios, produjo en ellos el de-

seo de tomar venganza. Los que más se exasperaron fueron los Puelches y Moluches quienes tomaron las armas contra los españoles, viéndose estos repentinamente atacados desde las fronteras de Córdoba y Santa Fé, á lo largo del rio de la Plata, frontera de 400 leguas.

Les era á los españoles sumamente dificultoso poder atender un punto tan dilatado, máxime cuando los Indios se internaban por diversas partes, cayendo sobre villas y poblaciones, á un mismo tiempo.

Nunca pudieron descubrir el número de indios, y mientras los españoles los perseguian por una parte dejaban los otros por otra. Cangapol que habia vivido en paz con los españoles, propendiendo á la prosperidad de estos, no dejó de irritarse al saber las crueldades que estos sus amigos hacian con sus vecinos.

No era sin razon tan justo resentimiento, pues en poco tiempo le habian muerto á sus amigos los Guilches, á su amado pariente Calellian y á otra infinidad de deudos, este cacique frizaba en los 60 años y conservaba una energia que infundia respeto y temor.

Coñvocó á sus parciales, enterándolos de la resolucion invariable que habia tomado de pelear con los españoles que tan mal comportamiento usaban con él y sus amigos. A esto llamamiento acudieron los Tehueiches, Geliches y

Peguhenches, confiriéndole el mando en gefe, prometiéndole ademas valor y obediencia.

Reunidos cuatro mil hombres jóvenes la mayor parte, marchó con ellos cayendo sobre el distrito de la Magdalena, muy cerca de Buenos Aires, y repartió sus tropas con la mejor disposicion y cordura como para que el éxito no fuese contrario á sus deseos. Un dia y una noche le fué suficiente para desolar mas de doce leguas del pais mas pòblado y abundante, como consecuencia inmediata mató infinidad de españoles establecidos en la campaña; cautivaron familias, llevándose ademas 20,000 cabezas de ganado vacuno y muchos caballos.

La pérdida que esperimentaron los indios, fué un Tehuelche, y esto porque imprudentemente se desvió de sus compañeros á una distancia mayor no pudiendo reincorporarse. Bien poco cosa era á la verdad, en cambio de un botin tan considerable; y que era aumentado de algunas bellas españolitas que acrecieron el serallo del cacique.

Los que pudieron escapar del asalto dado por las indios, llevaron la noticia á Buenos Aires de lo que les habia pasado, abultando el suceso segun el terror que esperimentaron; quedando sus habitantes sumidos en la mayor consternacion; tanto, que varios oficiales militares vagaban despavoridos y en un estado de distrac-

cion á veces, que se quedaban parados en medio de las veredas.

La gente corria á refugiarse en las iglesias que bien pronto se llenaron, no dando espacio para tantos que acudian á ellas, no tuvieron otro recurso que asilarse en algunas casas que presentaban seguridad, figurándose que los indios enemigos estaban á las puertas de la ciudad.

Esta crítica cuanto inesperada situation produjo un murmullo de desaprobacion á la conducta observada por el señor Mariscal. La humillacion que por este golpe sufrieron los españoles, no pudo ser mas completa, y se determinaron á nombrar otro que reemplazase al digno Mariscal, quien quizá llevado del excesivo celo de servir á este pueblo le hizo adoptar medidas desacertadas.

Con la mayor brevedad se organizó un nuevo regimiento de 700 plazas, y marchó á la frontera, con las miras no de proseguir la guerra, sino de ofrecer la paz.

Esto prueba bien claro que la idea de conservar y aun solicitar la paz con los indios, no es cosa nueva como algunos dicen, deprimiendo la conducta de nuestro liberal Gobierno al entrar en arreglos con Callifucurá y demas caciques. Si la paz que ese efectue no produce los resultados que son de desear, al menos no serán tan perniciosos como los que traeria una

guerra para la que se necesita mucho dinero, y regimientos de caballería cuya organizacion no es obra de un dia.

Mientras que los indios observen una actitud amigable, no debemos imprudentemente alterarla.

La oportunidad de circunstancias será la que se encargará de resolver el problema, pero para esto, es necesario asegurarse de un éxito favorable. Si logramos siempre que nuestras tropas comprendiendo la importancia de su mision, tengan la constancia que hasta aquí, y con ella y su educacion militar adquieran un triunfo aunque no sea completo, habremos acabado con una cuestion tan vital para nosotros. Los indios no son valientes ; pero tampoco son cobardes. Ellos no tienen otro móvil que el interés particular, y es claro que la guerra que hacen es por el robo; y como para hacerlo tienen que luchar casi siempre con la resistencia opuesta por los cristianos, pelean y disputan su presa con calor.

Los indios despues del golpe que dieron á los españoles, permanecieron mas de un año sin intentar cosa alguna. Aprovecharon este tiempo en reunir cada vez mas fuerza para contrarestar el poder de sus enemigos. Apesar de conocer las ventajas que tenían de una guerra que les ofrecia abundantes recursos, algunos de los caciques se sentian con buenas disposi-

ciones para oír arreglos amigables; así es, que comisionaron al hijo de Cangapo para que se entendiese con el nuevo Maestre de Campo, quien moderado y prudente era el más apropiado para esto.

El deseo que manifestaban los habitantes de Buenos Aires, de arribar á una paz con los naturales, era el que predominaba en casi todos los círculos de la sociedad; siendo este mismo deseo el que lo predispuso al nuevo mariscal á hacer algunas concesiones nada gravosas al Estado.

Entre los varios puntos que se establecieron, fué uno de los primeros el cange de prisioneros. Los caciques que desentian de la opinion pronunciada por los Moluches, eran los Tehuelches, que pretendian se les hiciera concesiones que eran perjudiciales á los españoles. Dividida así la cuestion, los Moluches por su parte mandaron comisionados á Buenos Aires con algunos presentes, y pudieron por este medio redimir sus prisioneros, entregando al mismo tiempo los cristianos que habian cautivado.

La mira de los Tehuelches era bien conocida, y se valian de pretextos especiosos para retardar las negociaciones, y burlar mientras tanto la vigilancia de los españoles. Por último, la proposicion que les hizo el nuevo mariscal, no la tomaron en otro sentido que en el de entregar tantos españoles por igual número de indios.

En lo ulterior se lo llevaron molestando á los españoles pacíficos que habitaban en la campaña; unas veces asaltándoles de improviso, otras aceptando pequeños encuentros parciales que tenían lugar de vez en cuando.

Dejó dicho antes, que siendo tan inmensa la estension de nuestro territorio, era absolutamente imposible guardar todos los puntos que ofrecian acceso á los indios ladrones. Las incursiones que hacian era una ó dos veces cada año, y siempre llevando cautivas y robando cuanto encontraban al paso. El regimiento que cubria varios puntos de la frontera, se cansaba infructuosamente, no pudiendo escarmentarlos á causa de la lijereza y astucia que empleaban los indígenas. Cuando invadian por un punto, se transmitia la noticia, pero siempre el auxilio de la fuerza armada llegaba fuera de tiempo.

Como estas invasiones se hiciesen frecuentes por la impunidad, se comisionó al Coronel Catani para que emprendiera algunas operaciones, dándole varios barcos y fuerzas para que desembarcase por la costa y cayese sobre las tolderías de los agresores. Los indios no esperaban que les saliesen por retaguardia, y así estaban sin cuidado por esta parte. Catani siguiendo la costa, desembarcó algunas partidas armadas que se esparcieron por la llanura y pillaron algunos indios ladrones que se halla-

ban en ella ; huyéndose los demas á guarecerse de las sierras donde se consideraban seguros.

Asi que este gefe regresó, volvieron á invadir fraccionándose en partidas de 50 y 100 indios, las cuales azolaban la campaña y robaban el ganado de toda especie.

Esta inseguridad movió á algunos habitantes de la campaña á internarse lo mas inmediato posible á lugares que se hallaban guarnecidos de piquetes militares; trayendo sus ganados que se encontraban casi siempre á merced del salvaje.

Sin embargo de no haber conseguido un resultado completo, esta actitud puso freno á las continuas invasiones, que en adelante se limitaron á pequeños robos, retirándose los indios á ocupar los campos que mas seguridad ofreciesen á sus familias.

Continuaron por algun tiempo en paz, pero de cuando en cuando, sopretesto de salir á las boleadas de avestruces hacian sus rapiñas, arrebatando las haciendas cuyos dueños descuidaban muchas veces, fiados en unos tratados que no ofrecian garantias de ningun género.

Los antiguas Querandies se oponian á que la conquista se extendiese hasta sus dominios, y de ahí ha nacido la cuestion territorial.

Este pretendido derecho ha quedado á los pampas pescendientes de aquellos.

Despues de nuestra emancipacion política, se pensó en atender este negocio que mas tarde habia de convertirse en una guerra cuyo desenlace será de vital interés para el fomento y desarrollo de nuestra riqueza.

Los inconvenientes que se presentaban no permitieron expedicionar sobre el desierto á pesar de ser entonces muy limitadas nuestras fronteras, y solo se circunscribieron á establecer algunos puntos militares á fin de que los hacendados pudieran dedicarse al fomento de la ganaderia.

Las tribus que mas próximas se hallaban á la Capital, y cuyo carácter pacífico era bien conocido, solicitaron del Gobierno el permiso para vivir con sus familias fuera de los límites que en esa época estaban demarcadas y se les concedió; pusieran sus tolderias en la costa del Salado, bien entendido que no pasarian para este lado sin la correspondiente licencia.

La poca vigilancia que se tenia con ellos, hacia que á la sombra de la liberal conducta del Gobierno, practicasen sus robos aunque en pequeño; de manera que fué preciso considerarlos desde entonces como ladrones, castigando severamente al que era capturado por nuestras fuerzas militares. Los Ranqueles por la mucha distancia en que se hallaban, robaban á los

Pampas, estos á su vez lo hacian á los cristianos. La tribu que siempre ha querido buscar la amistad de los cristianos, es la Querandis descendientes de los Charruas del Uruguay, la misma que durante la ominosa administracion ha estado en paz, sublevándose el año de 1855; por induccion de Callifucurá, y esos indios son los que hoy han ofrecido la paz con el Estado.

•

*

*

DEL MODO DE HACER LA GUERRA.



Cuando los indios proyectan hacer una invasión formal, son convocadas las tribus aliadas al gran parlamento donde el cacique promotor hace relacion puntual del asunto que motiva su reunion. Con las espresiones mas vivas les manifiesta las ventajas que reportarán de la guerra y el abundante botin que les espera por recompensa. Su discurso es espresivo y produce casi siempre un entusiasmo que raya en locura. Epiloga la vida y hazañas de sus mayores y concluye por exortarlos á la obediencia, base principal en que deben de apoyarse.

Finalizado el discurso quedan los demas Capitanejos espéditos para emitir sus ideas á fin de tomarlas en consideracion. Si resulta por mayoria, se haga la invasion, se designa el dia en que nuevamente deben reunirse. Es obligacion que cada uno se presente con su caballo y armas correspondientes.

Son exactos en acudir el día prefijado, no descuidando traer cada uno sus víveres que son por lo regular de charque pisado contenido en unos saquitos. Antes de salir de sus tolderías, hacen juramento de obedecer las órdenes de su cacique, quien por su parte promete hacer cuantos esfuerzos sean posible para salir de la empresa con felicidad.

Generalmente la hora en que avanzan es al venir el día, pero si llegan á encontrarse con el enemigo les es indiferente, habiendo sucedido el 9 de diciembre del año pasado (1855) que al regresar con el robo que hicieron en Chapeleoufú, fueron alcanzados por el General en Jefe del Ejército, cerca de oraciones, y pelearon á esa hora con nuestras fuerzas que bizarramente los sablearon y arrebataron algunas caballadas que se llevaban.

Lo que se aproximan al campo donde suponan hallarse el enemigo, desprenden bomberos en sus mejores caballos, con el fin de indagar si está prevenido ó que puntos presentan menos riesgos para atacar. Son tan rápidos en sus marchas que hacen 30 leguas en una noche; así es que aunque nuestras descubiertas esploren bien, nunca hay seguridad en que los indios no andan en el campo.

Si llega el caso de ser descubiertos, tratan de poner en salvo lo que han robado, y los mas

dispuestos esperan al enemigo para ver si les tiene cuenta ó nó aceptar combate. Las armas que usan son lanzas de una longitud que llega á diez y ocho pies, y cerca de la moharra les colocan plumeros ó mechones de crin para poderse distinguir. Usan tambien machetes ó facones y bola perdida.

Cuando Callifucurá se batió con el comandante Otamendi, viendo que este lo hacia una tenaz resistencia que le hizo tanto honor, resolvió hacer echar pié á tierra á la mitad de su fuerza, y mientras la otra cargaba á caballo, esta lanzaba una multitud de piedras que hacian mucho daño á los soldados nuestros que se defendian dentro de un corral en San Antonio de Hiraola, el 15 de Setiembre de 1855. La fuerza del valiente comandante no pasaba de 140 hombres de los cuales solo escapó uno, que habia quedado herido entre los muertos, y luchó con mas de 2,000 indios la mayor parte chilenos. Callifucurá quiso intimarlo rendieron, pero el jóven comandante contestó que primero perecería que entregarse.

Siento haber citado este hecho que recordará á su familia tan lamentable cuanto sensible pérdida.

Por otra parte, se halla bien consignado en una órden general del ejército á fin de que la posteridad haga memoria de ese episodio glorioso que prueba bien elocuentemente cuanto

honor y dignidad se encerraba en el corazon de un jefe en quien la patria tenia fundadas esperanzas ; Honor y veneracion á la memoria de tan distinguido militar !

Cuando los indios conocen cobardia en los cristianos, son atrevidos hasta el extremo: lo contrario sucede si dan con adversarios valientes y de instruccion militar, entonces se aminoran de un modo que solo basta el rebenque para hacerlos huir.

La educacion militar mas ó menos perfecta que reciben nuestros soldados los hacen ser superiores al indio en todos respectos ; solo falta que ellos se penetren bien que el triunfo consiste en esa misma educacion y su observancia á que se iran acostumbrando con la disciplina.

Hay muchos casos que podria citar que han ocurrido entre el mayor Baldebenito y los indios siendo asombroso que una vez fuera de otras, se batiese con mas de 100 de estos, no teniendo por su parte mas fuerza que nueve soldados de la guarnicion del fuerte 25 de Mayo, y sostener tan desigual combate por espacio de muchas horas hasta que llegó el auxilio : verdad es que salió herido y con pérdida de dos hombres.

Mientras que al indio se le dé la espalda ha de hacer estragos, pues que los caballos que traen son enseñados á la guerra, y ademas sumamente veloces.

¿ De qué sirve que un soldado huya para evi-

tar la muerte, si tan luego como dé media vuelta, tiene la lanza en su cuerpo?

En nuestro ejército hay jefes y oficiales de caballería que se han entreverado en un grupo numeroso de indios, y á fuerza de valor y pericia han salido ilesos. El combate que tubo lugar el 29 de octubre del año de 1855, en las taperas de Barragan, fué un hecho de armas que hace conocer las ventajas de nuestros soldados cuando son dirigidos por jefes y oficiales de honor y valentia.

Después de una ó dos horas de refriego, quedó dueño del campo de batalla el regimiento de Coraceros n^o 2, quien lo disputó palmo á palmo á despecho de la fuerza diez veces mayor que se les presentó : debido al valor del valiente coronel D. Manuel Ocampos.

Esta vez pagaron los indios bien caro su osadía ; principalmente los que cargaron al referido regimiento distinguiendo sus jefes y oficiales heroicamente.

Fueron tan cobardes que pudiendo haber anadado á nuestra fuerza, viendo deshecho el costado izquierdo, se quedaron aterrados á la vista del bravo Rejimiento, no atreviéndose á cargarlo segunda vez. Una guerrilla como de treinta y tantos indios que cargó al escuadrón del valiente capitan D. Pedro Escalada (hoy sargento mayor del rejimiento de coraceros) fué

concluido, fuera de varias otras que cayeron en los otros escuadrones.

Otra ocasion sucedió que hallándose de destacamento el teniente D. Claro Ortiz, (hoy capitán) se batió con mas de 100 indios que habian entrado á robar, no teniendo este valiente oficial mas fuerza que 25 hombres, siendo suficiente esta para derrotarlos, quitándoles el robo.

Si fuera á referir hechos parciales llenaria muchas pájinas ; pero como son conocidos dejaré de ocuparme de ellos.

Tambien se valen de los cautivos que tienen en sus toldos para teaerlos de baqueanos, bien seguros, y degüellan al que trata de engañarlos, á la menor sospecha.

Si logran el robar, son activos ; no comen ni duermen mientras no se consideren libres de todo riesgo. Tienen un modo peculiar para hacer caminar las haciendas que roban, y sobre este punto no concuerdo con lo que refiere el autor de la Memoria sobre Inmigracion y línea de frontera, relativo á los indios salvages, que dice : “que es muy sabido que la máxima “marcha forzada que en un dia, puede hacer el “ganado vacuno arreado fuera de sus queren- “cias, es de seis leguas,” Para ellos no hay inconvenientes de ningun género : no hacen caminar, sino volar al ganado, empleando para esto á la chusma.

Antiguamente no usaban sable ni otras armas

que no fuesen lanzas y flechas; pero ahora han tomado mucha afición y la espada, y casi los mas de los caciques las traen, á algunos capitanejos; que las han habido en los robos ó bien como permuta.

Suelen tener ejercicios algunas veces, que se reducen á correr en círculo, esparcirse, y volver á unirse; todo esto con una velocidad asombrosa.

Ponen las manos en la cara cuando alguien les apunta una arma de fuegos, creyendo que de este modo las balas no les herirán. Al aproximarse al enemigo á tiro de fusil, salen los caciques á correr filas; es decir, á proclamar á su tropa; y esto lo hacen al gran galope, blandiendo sus espaldas ó haciendo molinete con sus lanzas.

Su modo de formar es en una fila semi-circular con pequeños intervalos; ocupando una vasta estension de terreno; y no les intimida nada antes de dar la primer carga. A la chusma la dejan á retaguardia para que esté lista y conduzca el robo.

La misma longitud de la lanza hace que sea incómoda y desventajosa para la guerra, por que en errando el indio el primer bote, yá les es difícil enristrarla pronto; teniendo que huir dejándola caer al costado, para evitar les boleen el caballo al emprender la fuga.

Algunos de los indios chilenos, traen unos

sombreros de cuero de vaca, y coleta de lo mismo que es una casaca á manera de las del siglo XV que les tapa hasta las rodillas; y una cinta de cuero tambien que les cubre el cuello.

Siempre eligen el caballo mas superior para *maloquear*, pero no llevan herráge, ní otras cosas, que segun refiere D. Luis de la Cruz en el viage que hizo á Antuco, usaban todos en otro tiempo, lo que es ahora, son bien pobres; apenas traen matras (jergon grueso) en el lomo del caballo; los estrivos son de palo, y las riendas, unos torzales que no merecen la pena de tomarlos. Hay exepciones y es solo en los cáciques, que se distinguen en llevarlo. Se hacen figuras horrorosas en la cara y parte del cuerpo que traen desnudo, con el objeto de aterrar al enemigo: en sus cargas prorrumpen en una griteria confusa oyéndose las voces de ya! ya! ya! ya!... con el fin de asustar á los caballos del enemigo que no estan acostumbrados á estos alaridos.

Son impetuosos en sus cargas, viniéndose casi encima de nuestros soldados; y si estos se mantienen firmes, se desalientan en las siguientes. Son flanqueadores, esquivando el frente de nuestras tropas, y buscando á fuerza de escaramusas los lados vulnerables.

Cuando ven que no pueen amearantar a

enemigo, tratan solo de huir con lo que hubieren robado.

Hace mucho tiempo que tiene ocupada la mente de los militares la idea sobre el modo mas ventajoso de pelear á los indios. En unos prevalece la opinion de que la manera mas fácil y segura, es formar cuadro, y esperarlos ó cargarlos segun las circunstancias del caso. Los sostenedores de este sistema se apoyan en los triunfos obtenidos por gefes que han combatido en años anteriores, y aun citan la incursion que hizo el Coronel D. Laureano Dias cuando los sucesos de la Sierra Chica, que al regresar de las tolderias se encontró con Callifucurá, é inmediatamente mandó formar cuadro haciendo entrar dentro de él á las indias y cautivos que traia.

Callifucurá, asi que vió formada la fuerza de cristianos, desprendió una fuerte guerrilla que se encontró con otra pequeña, mandada por el Mayor Balde Benito quien salió á esperarla; y en esta situacion trató el cacique de entenderse amigablemente.

Concluyen por decir que esta formacion en cuadro fué la que intimidó á Callifucurá, no atreviéndose á molestarlos para nada. Otros opinan que el mejor medio para pelearlos con mas ventaja es formar en escalones, pues de este modo si se logra un triunfo, es completo; no escapándose el enemigo de ser envuelto por

medio de unas pocas evoluciones. Yo no aprueba un sistema, ni condeno al otro; dejo que este problema sea resuelto de un modo práctico el cual hará conocer sus ventajas.

Concluiré este capítulo con narrar algunos encuentros que han tenido nuestras tropas en la guerra de frontera, en años anteriores, los cuales me han sido comunicados por varios oficiales que existen en la actualidad, habiendo pertenecido antes al Regimiento de Blandenguez.

En el año de 1820, se hizo una expedición hasta la sierra de Tapalqué, cuyo resultado fué favorable por cuanto puso coto á las continuas depredaciones de los salvages.

El 15 de Diciembre del mismo año invadieron los Carreras, asociados con los indios, los cuales entraron al Pueblo del Salto, en cuya iglesia robaron varias especies y cautivaron algunas familias.

El año siguiente marchó la fuerza expedicionaria, en persecucion de los invasores, y se internó hasta las sierras, permaneciendo allí en observacion un poco de tiempo.

En 1823, invadieron los indios de Catriel, (padre del cacique actual), Molina y Calfiatú quienes eran de nombradia, á la Guardia del Monte. Recibido el aviso de esta invasion, inmediatamente se impartieron las órdenes necesarias para que se les atacase. En efecto, el Regimiento que morchó sobre ellos fué el cé-

lebre de « Blandenguez de la Frontera, » organizado por decreto superior en 20 de Abril del año anterior; siendo el gefe de este cuerpo D. Domingo Soriano Arévalo. El choque tuvo lugar en un parage llamado el «Arazá,» y los indios fueron completamente derrotados por nuestras fuerzas.

Este Regimiento marchó en el mismo año hasta el Sauce Grande, donde tuvieron algunas escaramuzas con los indios y poniéndolos en fuga les cautivó varias chinas, quitándoles además mucha hacienda.

El año de 1824, invadieron los indios el Pueblo de Dolores, donde hicieron mucho daño, retirándose en seguida.

El 5 de Abril del año siguiente, á las 8 de la noche se le dió aviso al Coronel Ybarrola, comandante en gefe del Regimiento de Blandenguez, que una fuerte division de indios enemigos se habia internado entre los partidos de Navarro y Lobos, y que seguia su marcha.

Inmediatamente se dispararon tres cañonazos en señal de alarma é invasion, y en seguida se aproximaron las caballadas, montando la fuerza que se hallaba lista que consistia en 250 hombres, llevando dos piezas de campaña, marcharon sobre los indios invasores.

A inmediaciones de la estancia de Balcarce, se encontraron con la línea de enemigos en órden de batalla. La primera division de estos la

mandaba el célebre Molina, cristiano que se habia convertido en caudillo.

El Coronel Ybarrola mandó formar cuadro, colocando las dos piezas de campaña en los ángulos respectivos; é hizo desprender dos guerrillas de á 25 hombres cada una, las que comenzaron á escopetear á los indios ayudándolas los disparos certeros de las piezas.

Los indios viendo el fuego nutrido que se les hacia, principiaron á remolinear, al ver que tenían que haberselas en regla; y observando esto el Coronel, mandó á la carga derrotándolos completamente, matándoles muchos, y quitándoles todo el robo que habian perpetrado, y á mas las caballadas.

La persecucion se hizo por unas cuantas leguas y luego pararon para mudar caballos. En esta operacion llegó un chasque á escape, con la noticia de que otra fuerte division de indios se retiraba con mucha hacienda que habian robado, habiéndose esta internado hasta el Durazno, distante de Buenos Aires 18 leguas.

Montada la division de Blandenguez en caballos de fresco, les salió al encuentro formada en cuadro como la primera vez, y asi que se aproximó dieron principio las guerrillas, sosteniendo un choque fuertísimo. El Regimiento cargó con bravura, y la metralla abrió claros que no volvian á cerrarse. Los indios por su

parte, disputaron su presa ; pero el resultado fué fatal para ellos.

El Regimiento tuvo 5 muertos y 12 heridos; mas en cambio los ercarmentó fuertemente. Todo el robo y caballadas quedó en poder de los vencedores. Este combate fué, en las Lagunas de Gomez.

Apenas repuestos nuestros soldados de las fatigosas luchas que habian sostenido; y cuando al calor del bivac tomaban su *cimarron*, fueron nuevamente inquietados por el aviso que se tuvo en ese momento, de que otra division de indios mas considerable, mandada por el cacique Negro, les venia encima á gran prisa como para tomar la revancha.

Nuestro Regimiento no tuvo mas tiempo que el preciso para apoyarse en una laguna, y desde allí hacer jugar su artillería, la que protegió las operaciones de las guerrillas que inmediatamente de presentarse el enemigo se desplegaron.

Asi continuaron hasta cerca de oraciones, á cuya hora emprendieron los indios su retirada, habiendo muerto al cacique Negro y como 40 de los suyos, en la refriega.

Amparados con la oscuridad de la noche huian para evitar otro choque que acabara de destruirlos; pero le estaba reservado al rejimiento de Blandenguez consumir la obra que habia empezado. Despues de carnear y mudar

caballos, se mandaron baqueanos que observasen el rumbo que llevaban, y estos volvieron diciendo que se hallaban campados en la costa del Saladillo, distante dos leguas del lugar del cambate. En este intermedio se le habían incorporado al regimiento dos compañías que se hallaban de servicio en las *Polvaredas* y las *Perdices*, componiendo toda la fuerza un total de 400 plazas. Reforzado así emprendió la marcha el rejimiento con el mayor silencio y al tranco, pare caer sobre los indios así que aclarase.

En efecto; tuvieron la suerte de no ser sentidos, y á una distancia conveniente comenzaron las piezas á arrojar la muerte sobre los que se hallaban entregados al sueño.

Los escuadrones cayeron sable en mano lanza en ristre y muy pronto convirtieron el campo de los indios en un laberinto de cadáveres, y los pocos que escaparon de la muerte solo pensaron en la fuga.

La pérdida que esperimentó el rejimiento en la noche anterior se redujó al teniente D. José Rey, 6 hombres muertos y 18 heridos incluso un oficial,

Las tres divisiones de indios componian un total de 1,600 hombres, sin contar la chusma. El año de 1826 fueron los Blandenguez á poblar la Blanca-Grande, quedando el regimiento á los órdenes del teniente coronel D. Mariano Garcia, y tuvieron que abandonar la nueva po-

blacion á consecuencia de los sucesos de los años 28 y 29.

Entre los varios jefes que han batido á los indios debo hacer mencion especial del coronel Rauch por cuanto este benemérito militar hizo inauditos esfuerzos por disciplinar las tropas que le fueron confiadas para escarmentar á las tribus salvajes, que tanto han azolado nuestra campaña.

El regimiento que mandó Rauch, era demasiado conocido y temido de los indios, pues siempre que se presentaba era para triunfar de ellos. Por carecer de datos me veo en la precision de consignar solamente este pequeño recuerdo á su memoria, como un tributo de admiracion y respeto.

DESCRIPCION DE LOS TOLDOS.



Los toldos de los indios no eran ciertamente mejores en tiempo de la conquista, que la son ahora. Los que habitan en la Tierra del Fuego, son por lo regular tan miserables que no puede concebirse como vivan en tan deplorable estado. Varias veces sucede que soplando el viento con fuerza, echa por tierra no solo los endebles y miserables toldos de los indios, sino que árboles de un grosor extraordinario, quedan tumbados mostrando sus raices.

Cuando hay un huracan, cuyos efectos debieran precaber, no hacen otra cosa que reunirse dentro del toldo y azirse unos de los otros formando diversas figuras geométricas, segun el viento y agua que caprichosamente se introduce.

Son tan perezosos é indolentes que por no levantarse y buscar un abrigo, ó algo que los preserve de la lluvia, prefieren mojarse y aun quedarse sin comer.

No sucede lo mismo con los indios de Norte América, pues aprovechándose de las cortezas de los árboles, empajan los costados de sus chozas de manera que no las penetre el agua que solo entra por una abertura practicada en la parte superior, y esto con el objeto de dar salida al humo.

El negro africano construye su habitacion con tierra, y aunque estrecha y mal dispuesta para el clima del trópico, lo protege al menos de la inclemencia.

Hasta el Esquimal, tiene su cueva de nieve y se defiende del rigor del clima en que ha nacido; pero unas pocas ramas de árbol es todo lo que busca el indio de la Tierra del Fuego, para formar el toldo que lo ha de proteger contra el viento, el frio y el clima tempestuoso de su pais.

Las habitaciones de nuestros indígenas, son de pieles de caballo, cosidas unas á otras por media de cuerdas. Dividen en dos paños la sabana de pieles, y cada uno se compone de seis ú ocho. Las mugeres son las que tienen la obligacion de armarlos, toda vez que mudan campo, y lo hacen de este modo: ponen unos palos, clavados á sus fuerzas (no usando maceta ni otro instrumento que sus manos) de menor á mayor, para que tengan caida las aguas; sobre las horquetas de los horcones colocan unas varillas ó sogas bien tirantes y así aseguran

el armazon, sobre el cual tienden la techumbre de pieles quedando formado el toldo. Algunos de estos tienen la figura de un triángulo irregular; otras la de una campana, y las mas son cuadradas. Es feísima la perspectiva que presentan estas habitaciones, y su interior no es otra cosa que una cloaca inmunda; teniendo muchas veces que he pasado cerca de ellas, que llevar un pañuelo á la nariz.

Las divisiones que hacen dentro el toldo, son segun el número de las mugeres que lo habitan; pero no se crea que estas divisiones son con arreglo á lo que exige el pudor, lejos de eso, no hacen mas que deslindarlas unas de otras con solo la piel de un caballo ó colocando una manta en la varilla horizontal que queda sobre los horcones. En lugar de colchones, usan la piel del ganado lanar: sus cubiertas son lloycas de guanaco, zorros, biscachas, liebres y otra infinidad de animales. Forman de todas estas pieles, cosidas unas con otras, un *quillango*; siendo algunos tan particulares que no se denarian nuestras bellas en ponerlo delante de sus sofases para los pies.

He visto vender estos quillangos hasta por la cantidad de 500 pesos, habiendo escasado mucho en la actualidad.

La fetidez que despiden las pieles que les sirve de cubierta, es insufrible; pues destilan

grasa de potro por todas partes, y esto no proviene sinó de colocar sobre ellas la carne de este animal, y otras inmundicias. Mantienen el fuego de continuo, y es comun el padecimiento de los ojos entre estos indios, por efecto del humo y de bañarse en todas las estaciones.

Causa risa ver á las indias barrer y afanarse por limpiar el patio y sacar la vasura, prescindiendo de la hediendez nauseabunda que las rodea. He observado tambien que todas las madrugadas se bañan, pero es imposible que con solo bañarse conserven aseo; siendo preciso para esto que la grasa, que tienen en el cuerpo, brazos y pies, saliese á fuerza de jabon y agua caliente.

Los toldos los hacen juntos en número de seis ú ocho. Por lo regular el del cacique con sus mujeres que no bajan de cuatro, pudiendo tener cuantas quiero y pueda sostener, es mas notable. Todas las mujeres de un cacique viven en ármonia y cada una desempeña los deberes que le son prescriptos por él.

Algunas veces cuando quedan solas suelen reñir, pero luego se apaciguan á la presencia de su Señor. Eligen para colocar sus establecimientos, las orillas de los rios ó arroyos, y la hacienda la pastorean, vijilándola á cada momento; y cuando el campo queda talado se mudan á otra parte.

DE LOS REMEDIOS Y CEREMONIES

QUE USAN LOS PAMPAS PARA CURAR A LOS ENFERMOS.



Si Esculapio, Galeno ó Aviceno resucitaran, quedarian estupefactos al contemplar las diferentes peripecias por las cuales ha pasado la ciencia médica.

Desde el hombre de luces, hasta el humilde artesano, todos tenemos la vanidad de poseer algunos conocimientos en materias curativas, y aconsejamos como eficaces, remedios que solo conocemos por haberles visto aplicar sin poder apreciar científicamente sus efectos.

Entre nuestros indígenas los que ejercen esta facultad, son las mujeres, tomando el título de Médica.

Es tanto la veneracion y respecto que la profesan, que jamás se atreven á hacerla objeciones sobre los medicamentos que manda sean aplicados al enfermo que por desgracia cae en semejantes manos, mirando como infalible su fallo.

Hace poco tiempo que hallándome en el ejército que guarnece la frontera del Sud, tuvo ocasion de presenciar una curacion, la cual dará una idea aproximativa de lo supersticiosos que son los indios.

Los que sirven á sueldo del Estado y que estan agregados al regimiento de Coraceros nº 2, son gobernados por un cacique llamado Maiká, los cuales viven con sus familias en el campamento del Ejército. Como las costumbres de estos indios no difieren de las que tienen los que se hallan bajo el dominio de Callifucurá, Yanquetruz y otros, tomaré de esta tribu amiga lo que sea digno de narrar.

La médica que actualmente tienen, se llama Rosa; tendrá treinta años, y sus facciones son bastante regulares; habiendo adquirido mucho prestigio entre ellos por su profesion.

Esta india, á mas de ser médica, goza tambien de la reputacion de ser famosa adivina, pues predice algunos sucesos que una vez por casualidad suele acertar.

Habiéndose enfermado de fiebre un indio como de siete años, fué inmediatamente puesto bajo la asistencia de la infalible Rosa. Serian las seis de la tarde, cuando acompañado de varios oficiales del ejército nos dirigimos al toldo donde estaba el paciente, el cual se hallaba casi exánime. Al aproximarnos notamos en la india Rosa, un cierto disgusto, el cual es probable

no tuvo otra causa que haber espantado nosotros á unos perros que salieron, mostrándonos sus instrumentos y prontos para operar, si con un palo que llevabamos no los hubiésemos hecho retirar.

A pezar de esto, pude deslizándome, colocarme en un rincón del sucio toldo, donde presencié la escena siguiente : la Esculapio se hallaba de pié en medio del toldo, teniendo un cuchillo en una mano y una vejiga en otra, la cara pintada y el pelo desgredado. Cubriela una fresada ó jergon de lana por encima de la cabeza, dejando apenas descubierta la nariz, pues los ojos los tenia cerrados consistiendo en esto el éxita de la curacion. En el suelo habia una sábana que servian en alfombra, y dos chinas jóvenes la tenian de calidad de auxiliares. Al rededor en ella véianse sentados los miembros de la familia y varios otros amigos de confianza guardando un silencio que hacia honor á un cementerio. El enfermo estaba tendido boca arriba, sostenido por la madre que lo apoyaba contra sí, permaneciendo arrodillada.

Despues de pronunciar un discurso preparatorio, se aproximo al enfermo, le examinó de piés á cabeza por un rato largo : aplicaba el oído al estómago; contaba los látidos, dando cuchilladas al viento, y rociando á su alrededor como para purificar el aire; y segun he sido informado despues, con el objeto de matar al

espíritu maligno que suponen tiene ingerencia en todas sus cosas. Concluida esta ceremonia, tomó al enfermo, y medio lo incorporó; pero como estaba tan enervado, apenas lo soltaba se caía.

Durante esto no se oía el mas leve ruido, pero de súbito prorrumpieron en unos gritos descompasados. Yo, que me hallaba edificado al observar el silencio sepulcral, quedé pasmado, sin poder atinar con el motivo que daba lugar á esta vocingleria. Al fin de ver con mas comodidad, levanté la cabeza, teniendo que sufrir el contacto inmediato de un cuero que servia de techo al toldo. En esta incómoda posición, observé que mientras los indios cantaban, la médica permanecía postrada, apretando con ambas manos el cuerpo del paciente, y oprimiéndolo tan fuertemente que el pobre indiesito exhalaba lastimosos ayes. Luego esprimiendo la vejiga sobre el rostro del enfermo, hacia que cayese el contenido que era un líquido compuesto. Cuando habia humedecido bien, todo el cuerpo, para enjugarlo se servia de su misma boca, aplicándola al vientre y chupando hasta que quedaba completamente seco.

De vez en cuando daba una vuelta por el pequeño espacio que se hallaba desocupado en el toldo, y decia de un modo enfático : « cantad, salud, ya el espíritu maligno ha desaparecido. » Aquí, era de ver. Volvia la griteria con mas

fuerza : los ahullidos de los perros, el relinchar de los caballos, mezclándose á la vez, formaban un contraste raro con los ténues gemidos que de vez en cuando lanzaba el enfermo.

No pudiendo contenerme, al ver el sistema bárbaro y atroz que para curar la fiebre estaba empleando la médica con grave perjuicio del paciente, me levanté y dirijíme á una china que me parecia mas formal y poseia el castellano lo suficiente para que me comprendiera. Llaméla á la parte de afuera y le dije: me parece Martina (este es su nombre) que el remedio que Rosa le está aplicando al enfermo, no es propio; por cuanto la fiebre, requiere ante todo mucho silencio, y nosotros solemos usar otros medicamentos que si no sanan por lo menos no matan.

Durante tenia lugar el diálogo, los gritos aumentaban, y yo me enfadaba por grados ; pero como queria ver el desenlace, tenia que aparentar tranquilidad, tuve que resignarme, rogando el autor de la naturaleza salvase al pobre indio, porque de la médica poco esperaba.

Martina, despues que oyó lo que la decia, me respondió : si Vds. tienen médicos y saben curar con tanto acierto, cómo se mueren casi todos los dias ? para qué sirve la medicina si no sana al enfermo ? Por lo menos, entre nosotros, si no podemos salvar el cuerpo, salvamos el espíritu. Para el sentir de algunas personas, parecerá que esta respuesta es ficticia si se toma en cuen-

ta la ignorancia de estos infelices; pero para corroborar lo que dejo dicho voy á hacer una pequeña digresion que la creo necesaria.

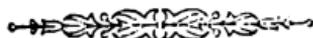
Cuando el Gobierno aceptó la paz que los indios le ofrecian poco tiempo há, sucedió que despues que el enviado nuestro regresó de las tolderías impuso á S. E. de las buenas disposiciones en que se hallaban los caciques, de arribar á un arreglo definitivo; y en consecuencia prometieron un cange de cautivas como preliminares. Con efecto; despues que regresó el Gobierno á la capital, llegó al campamento del ejército de frontera, el comisionado especial, al presentarse al General en Gefe, preguntándole este, que empleo tenia, si militar ó civil, dijo con desenvoltura y firmeza, que cuando se trataba de paz, se consideraba inútil nombrar capitán, (entre ellos) para que se entendieran en un asunto que requería un hombre que no fuese de armas; que si por desgracia no se acomodaban, entonces sí, se mandaría un cacique ó capitán de mucho valor, para declarar la guerra. Esto es tan cierto que no necesito otro testimonio que el de los señores Gefes y oficiales que presenciaron esta pintura que el indio nos hizo.

En fin, el resultado de la curacion, fué lo que yo habia previsto, y el pobre indiesito, despues de una lucha espantosa con la enfermedad, murió á las cinco de la mañana del dia siguiente.

te, en que tuvo la desdicha de caer bajo la médica Rosa.

Es de notar, que los indios, aun entre sí, son tan interesados, que bien se les puede aplicar aquel refran: Nadie dá puntada sin nudo. La médica recibe el emolumento como una retribucion á su trabajo; poco importa que sane ó mate al enfermo. En esto, se parece Rosa á ciertos señores que ejercen la ciencia curativa, y que, apesar de ser civilizados, echan fuera escrúpulos de conciencia.

DEL MODO DE CONTRAER MATRIMONIO.



Cuando un indio concibe la idea de casarse lo avisa á los padres de la que elige por compañera, quienes, despues de consultarlo, arreglan el contrato del modo siguiente:

El solicitante se dirige á todos sus parientes, que siempre son numerosos, manifestándoles que quiere contraer matrimonio en tal familia, y entonces, estos se reunen, trayendo cada miembro el regalo de boda, que se reduce á varias especies, como son : espuelas, estribos, ponchos, mantas, &a, &a.

Esto es tan indispensable, que seria imposible casarse, sin haber contentado, antes, como ellos dicen, á los padres, tíos, hermanos, sobrinos, y á toda la familia de la futura esposa.

Nada hay mas comun que esta clase de contratos; ni mas raro tambien, pues no es otra cosa que comprar, por varios objetos, la muger que toma el honroso título de esposa.

No hace muchos años, que era uso entre los

indios el repudio, y entonces, tenian los padres de la muger repudiada, que volver lo que habian recibido como permuta; mas ahora, no sucede casi nunca, pues el marido tiene derecho de vida y muerte sobre la muger, si la sorprende infraganti.

El dia designado para celebrar el contrato, se reunen los padres y parientes de ambas familias, y las indias suelen ataviarse con la mayor proligidad, presentándose dignas de asistir á tan solemne ceremonia. El adorno que llevan consiste en ricas mantas de paño de grana, aros enormes de plata, prendedores, collares engarzados en canutillos, pulseras y ricos pañuelos de seda de manos.

Las viejas se ocupan de llevar las provisiones bucólicas, no descuidándose de su toilette, pues se pintan la cara, los brazos y piés hasta el estremo. Los indios, desde por la mañana temprano, montan á caballo, precedidos por el cacique ó capitanejo, llevando una banderablanca como símbolo de paz y alegría, y tambien un corneta que va al lado del abanderado.

Luego que se forman, hacen unas cuantas evoluciones y toman el galope para correr el gualicho. (1) Despues que han efectuado esta

(1) Los pampas creen que el espiritu malo se convierte en un aire ó especie de viento que ruge mas ó menos con la fuerza que sopla; así es que cuando esto sucede, ordinariamente les da por correr, tomando la direccion detras de él, hasta que se estingue; y en el paraje donde creen que se ha ocultado, lo hieren con sus lanzas.

carrera unas veces colectiva y otras individual, se paran á descansar, y aguardan que llegue la comitiva.

Los alaridos de los indios y los ahullidos de los perros, forman un coro horrísono; los primeros gritan con toda la fuerza de los pulmones, ya prorrumpiendo en grandes carcajadas, ya lanzando chillidos y amenazas para matar el gualicho. Cuando los perros sienten la carrera, echan á correr con ellos con toda la ligereza de que este animal es susceptible; y en este ejercicio, el indio que corriendo un perro le dá alcance, prueba que su caballo es superior; y desde entonces lo cuida reservándolo para la guerra.

Las chinas con sus hijos y demas parientes salen en órden y se dirijen al paraje donde debe celebrarse el contrato, que suele ser regularmente á inmediaciones de sus toldos. Al llegar, se forman en círculo asidas unas de las otras de las manos, y principian el baile, al compas de un canto entonado por todas. No son delicadas ni prohiben á los cristianos que se mezclen en el baile, al contrario, festejan y se rien al verlos danzar. La música de que se sirven, es compuesta de varias botellas y frascos vacios, que soplados, producen un sonido particular : otros usan el acordeon, y tambien emplean una caña hueca imitando la zampeña.

Despues de haber bailado un rato se sientan

á descansar y da principio la *mascada*. Los indios no usan tomar mate, lo que hacen es, cernir la yerba en un platillo de lata al cual hacen en el fondo muchos ahujeros pequeños; echan allí esta, y luego la hacen pasar á que caiga en un pañuelo que ponen debajo; despues la remojan y forma una especie de maza, la que revuelta con azucar les sirve para mascar.

Es este un vicio inherente al indio, y cuando no tienen yerba son capaces de vender lo que mas falta les haga, para comprarla.

Mientras dura la *mascada* y la comida, las chinas viejas se ocupan en traer á la memoria y contar las fiestas tradicionales. Son estremadamente afectas á toda clase de licores, tanto que suelen quedarse en completo estado de embriaguez.

Concluida la ceremonia, se levantan y permanecen de pié, formadas en una fila; llega la novia, y la colocan en el medio, y comienzan á predisponerla para que cumpla con los nuevos deberes que vá á desempeñar.

El sacrificio que precede al contrato, consiste en sacar el corazon á una yegua viva y de pelo blanco, siendo tan escrupulosos en la eleccion, que suelen escoger, para simbolizar la pureza, una que no tenga un solo pelo negro ó de otro color. Siempre eligen, para hacer este sacrificio, un indio que haya practicado casos de igual naturaleza, siendo admirable verle dar la

cuchillada á la yegua, con la mas imperturbable sangre fria, y con una certeza particular, introduciendo la mano por la parte cortada, y estrayendo el corazon, el cual lo pone de manifesto á los espectadores, que entusiasmados, prorumpen en gritos de alegria.

Interin dura la esposicion, los indios que han permanecido montados á caballo, describen un círculo concéntrico á otro menor que forman las chinas y los que se hallan á pié comienzan á girar en sentido opuesto, es decir, unos á la derecha, y otros á la izquierda.

Son infatigables para el baile, y mientras dura este, no se acuerdan sino de beber aguardiente [polkú]. Causa risa ver en algunas chinas viejas, el efecto que les produce los licores, pues cantan, lloran, y hasta riñen unas con otras; y no es estraño verlas quedarse embriagadas, en el parage de la fiesta, é imposibilitadas á veces, por un dia entero, de regresar á sus toldos.

Concluida la fiesta, entregan la muger al recién casado, quien desde ese momento, queda dueño absoluto de ella, pudiendo elegir el punto que mas le acomode para vivir en compañía.

Tienen un cuidado especial en purificar la tierra de la sangre que, al matar la yegua, suele quedar en ella, trasportando luego al referido animal á un parage lejos, y dándole con

aparato la sepultura correspondiente, que, según estos bárbaros, pertenece á la bestia que han sacrificado.

Todo el dia y parte de la noche, la pasan libando y cantando, y dura la fiesta báquica, mientras tienen dinero ó algo que cambiar por aguardiente. Así termina, poco mas ó menos, el sacramento augusto del matrimonio.

DEL CARACTER DE LOS INDIOS.



Los indios se distinguen entre sí , por su modo de hablar, y son amigos de parecer sabios. He visto arengar á un caciquẽ, mas de media hora , sin interrupcion , y con una facilidad y soltura que llamaba la atencion. Son entusiastas, y cuando se les habla de gloria y de valor, recordando las proezas de sus antepasados, saltan de contentos. Mientras un indio tiene la palabra, los demas guardan circunspeccion , y el aspecto que este ofrece, es grave, conservando una actitud imponente.

Son muy codiciosos , y nunca se cansan de pedir; así es que en dándoles , aunque sea una bagatela, quedan pagados y satisfechos. Rosas, conociendo bien el caracter de los indios, supo conservar su amistad por medio de remesas que les hacía de yerba , azúcar, tabaco, aguardiente , y otra infinidad de artículos de los de peor calidad, pues no es gente que se ocupa en

examinar nada de lo que se les dá. Los hijos varones de los caciques, la mayor parte, tienen el nombre de Juan Manuel, y esto por insinuacion del Restaurador de marras, que era amigo de poner su nombre á toda clase de vichos. Catriel se llama Juan Manuel; Cächul, tambien. Juan Manuel; y si voy á acordarme, todos se llaman Juan Manuel. Los únicos caciques que le hacían la guerra, eran Callifucurá, y Baigorria; pero como ellos no tenían alianza con los Pampas, poco hacían de por sí. El cacique Catriel [actual] es hijo del viejo Catriel que murió en Talpaqué, de 100 años.

Yo lo conocí en el año 48, y así decrépito, vivía con cuatro mugeres, dos de ellas jóvenes como de 20 años. Para halagar la codicia de este cacique, Rosás le hizo cesion de unos campos situados en Talpaqué, y son los que reclama ahora el hijo. Tambien le asignó mensualmente una cantidad de yeguas para la mantencion de sus *muy federalcs* indios. A fin de que siempre hubiese yeguas en abundancia, prohibió el beneficio de estas, de modo que vália una en esté tiempo, diez pesos papel. No se crea que las compraba, pues no era tan tonto, teniendo las estraordinarias, y á mas, la cooperación de los que ofrecían las vidas, haberes, fama, porvenir, &a. &a.

El fin que se proponia *el Restaurador*, era : conservar las indiadas para imponer al mundo

entero que se opusiera á su voluntad, por lo que no se paraba en pelillos para contentar á su *viejo* Catriel. Consiguió algunas veces que este le auxiliara con algunos contingentes, muy particularmente en los sucesos que tuvieron lugar en el Sur, en el año 1859. De vez en cuando, solía mandar, Catriel, sus hijos, y á estos, los vestía el *Ilustre*, de camiseta y chiripá punzó, quedandose con los que le parecia, para su servidumbre. Nunca le llamaban de otro modo que « el Patron ». Cuando los indios se entregan al beberaje, se acuerdan de « el Viejo ». Una vez que salí á pasear por los toldos, me preguntó un indio bastante anciano, que donde estaba « el viejo Juan Manuel Rosas »; que hacia tiempo que no oía hablar de él, y yo le hice entender que habia ido muy léjos (itro camapu); pero que siempre, en sus cartas, se acordaba de sus guapos indios.

Son muy afectos al juego, prefiriendo el de los naipes; tambien se reunen para jugar la *Chueca*, que consiste en hacer andar una bolilla de piedra, por medio de unos garrotes con los cuales se la disputan. Para jugar, se desnudan, y si alguno hace trampa, suele agarrarse á brazo con su adversario, tirandole y sacandole el cabello.

DEL TRAJE Y ADORNOS DE LAS INDIAS PAMPAS.



El traje que usan las indias pampás, se reduce á dos mantas azules ó coloradas, de un paño que llaman «de la estrella». Entre ellas, es designado con el nombre de «Quélu capá» á las coloradas, y «Callifú capá» á las de color azul. Son muy amigas de ostentar lujo, ahorrando algo de sus productos, para comprar paño de calidad mas fina. Los pañuelos de seda de manos están muy en uso, y se los ponen en la cabeza, con cierta gracia y coqueteria. Estas mantas son estrechas á proporcion de la estatura que tienen; la una de las dos que llaman «quelletu», se la envuelven al cuerpo, dejando la otra para cruzarla por delante, la cual prenden por sobre los hombros, con unos alfileres, quedando así todo el cuerpo cubierto hasta los talones, y los brazos desnudos; á la cintura, se atan un cinto de un palmo de ancho, que llaman «quépigué», cuyo cinto tiene su hebilla para ajustarse, y lo forman de anchiquiras

falsas, que llaman « conos ». Para los indios, es este adorno de la mayor preferencia, y hace á la vista un efecto agradable.

Es preciso que estén en suma necesidad, para que se desprendan de esta alhaja, con objeto de subvenir á sus gastos. Teniendo el cuerpo adornado de esta manera, se ponen otra manta, que hace las funciones de capa, y tiene entre ellas el nombre de « iquilla », la que queda prendida sobre el pecho, con un agujon, cuya cabeza es una planchuela circular, de plata, cincelada con varias labores, y le dan el nombre de « tupú ».

En el cuello, usan, en lugar de collar, varios hilos de cuentas de varios colores, conocidos con el nombre de « llancatus ».

En las muñecas, llevan otros hilos de las mismas cuentas, que hacen las veces de pulseras y se llaman « traricú », y en las piernas, se envuelven otros cuyo color blanco contrasta con el del cútis ; este adorno se llama entre ellas « trarinagnum ».

Para la cabeza, trabajan una trenza de las mismas cuentas falsas, que han enriquecido á algunos comerciantes, vendiéndoselas por cueros y otros productos. Este adorno tiene la forma de una concha de galápago ó tortuga ; la llaman todo entero « tapagué », y lo dividen en delantera, casco y trasera, con los nombres de « tal, tapagué, y guillatót ». Estas partes están tejidas

de diversos modos, siendo la parte anterior sumamente tupida, y dura mucho tiempo. La trasera tiene la forma de una concha, y mucho mas claro el color, como para que haga mas efecto en la combinacion de las otras piezas, dejando en las estremidades de esta, dos hilos para colocar en ellos campanillitas ó cascabeles. á fin de que, al tiempo de caminar ó hacer algun movimiento, hagan ruido. De cada lado del « tapagué », sale un hilo que es para afianzar la cabeza, y sobre el tejido de la delantara, bordan una cruz, figura que les parece la mas armoniosa de esta alhaja ó joya, que constituye la parte mas principal de todos los adornos, la cual la aprecian en sumo grado. El pelo, lo envuelven con una infinidad de varas de hilo á las cuentas. El peine que usan es un manajo de raicesillas ténues, ó de paja de Guinea. Con él se peinan todo el pelo y lo dividen en dos partes iguales, por medio de los dos dedos, y una vez así apartado, se colocan el « tapagué ». Las dos sartas que quedan fuera de este, las afianzan á la ligadura del pelo, y con la otra multitud de varas de chaquira ensartadas, se la van envolviendo hasta formar una coleta, la que les llega regularmente una cuarta mas abajo de la cintura. A fin de que esta coleta no tenga movimiento y las estorbe al inclinarse, las corren por la espalda otro hilo de chaquiras que lleva cascabeles y dedales con que la usan.

La menor accion que hacen produce una sonaja , y como la tienen por una cosa magnífica , se mueven mucho mas de lo que es preciso.

Algunas que son mas pobres y no tienen, por consiguiente, como competir esta clase de adornos, no por eso se abandonan, pues si bien es cierto que Dios no á todos los hizo ricos, no lo es que les negase la industria ó genio para proporcionarse lo que les pudiese hacer falta. Ellas, pues, hacen estos adornos de quichas tejidas de hilado, con varios labores que hacen en el tejido, á manera de cintas; en las orejas llevan unos sarcillos grandes, de plata, cuadrados, y á estos llaman « chaguaito », y otros que son de forma semi-circular, con el nombre de « upúl », siendo por consiguiente los que mas usan. Son estramadamente afectas á llevar sortijas, y es necesario que una india sea muy pobre, para que la falte este adorno.

Todos los tejidos y ensartes que hacen, de estas chaquiras ó cuentas de vidrio, son en los hilos que hacen de los nervios de algunos animales, que son eternos, y el hilo de lana, tan solamente lo emplean en las mantas y ponehos para los indios.

DEL MODO DE CRIAR SUS HIJOS, Y ALIMENTOS QUE USAN.



Además de la obligacion que tienen las indias de cuidar sus hijos, son á mas recargadas en todos los quehaceres de la casa, y aun deben atender al avio del marido, como ser: limpiar su freno, espuelas y demas: en una palabra, la muger, desde el momento que se casa, queda reducida á peor condicion que una esclava. La india tiene que trabajar mucho, sin ser osada á quejarse ni manifestar imposibilidad para hacer lo que le está encomendado. Me he encontrado varias veces en sus toldos, y no he podido menos que interesarme en la suerte de estas infelices que, por toda retribucion, reciben el trato duro y torpe de los que han aceptado por maridos.

Como sus matrimonios se efectuan muchas veces á disgusto de la muger, cosa que no se tiene en cuenta, por quanto la voluntad paterna decide la suerte de sus hijas, no es estraño que sean desgraciadas con unos maridos á quienes,

tal vez odiándolos, tienen que fingir un cariño que no sienten, maxime si dan con alguno que á la pereza inherente, una el funesto vicio de la embriaguez.

El indio es haragan: lo mas del tiempo, lo pasa tendido dentro del toldo, y su única ocupacion es dedicarse al robo, para satisfacer sus primeras necesidades. Hay pocas exepciones, y es un fenómeno ver que un indio sea industrioso y se afane por hacer menos dura la suerte de su familia.

La muger tiene la obligacion imprescindible de hilar y tejer, para vestir al marido, á mas de proveer de estas telas á sus hijos, con lo que les sobra del producto de sus ventas, compran los comestibles, siendo el « polkú » aguardiente, él que deben preferir al pan, pues si una china, al ir vender sus tejidos, se olvidase, á su regreso, de traer aguardiente para su marido, este le da de palos, obligándola á volver á la esquina, y se lo traiga. En fin, todos los artículos, deben comprarlos ellas, á fin de que nada falte en la casa.

No es esto solamente lo que tienen que hacer estas desgraciadas, sinó que hasta tienen que buscar y ensillar el caballo que ha de montar el marido; luego salen al campo á buscar «manuel» (leña), y al «leoufú» (arroyo), donde toman el agua y la traen en un cántaro al hombre, á veces, de distancias considerables.

¿ Si todo eso hacen estas chinas , que son de la raza de sus maridos , qué no harán las infelices cristianas que tienen la desgracia de ser cautivadas ?

La pluma se resiste á trazar el cuadro que presentan escenas de esta naturaleza. Lo que podré decir, es que á mas del trabajo á que son condenadas , tienen que prestarse á las brutales y torpes pasiones que los indios conciben por ellas. He oido decir á personas que han estado cautivas, que ha habido ejemplos de preferir la muerte primero que acceder á la deshonra : tanto puede el pudor unido á la virtud, y la historia nos presenta varios casos iguales al siguiente.

« Merwan II, en sus escursiones , se apoderó » de un monasterio de vírgenes. Una de ellas le » encantó con su hermosura , y advirtiendo la » jóven cristiana, unos deseos que horroriza- » ban su pudor, le ofreció un unguento, supo- » niendo que hacia invulnerable la parte que » con él se frotaba , y propuso al cálifa hiciese » la prueba en ella misma. Merwan la frotó el » cuello , sacó el sable , dió el golpe , y le qui- » tó la cabeza ! » Tal vez en el sexo tímido se hallen mas ejemplos de intrepidez reflexionada.

A las chinas de nada les sirve tener hijos varones , pues que no teniendo poder par hacerse obedecer , mas bien les es una carga pesada ; pero Dios que vela siempre por sus criaturas ,

quiso que las mugeres mutuamente se ayudasen; las hijas son las que ayudan á llevar, de algun modo, esta pesada y molesta tarea.

Entre nosotros, una madre de familia se felicita cuando tiene muchos hijos varones, porque vé en ellos una ayuda y alivio en sus fatigas, recibiendo ademas el fruto de sus desvelos.

Cuando pare una china, la primera diligencia que hace es irse al rio junto con el hijo, y ambos se bañan, volviendo despues al toldo, á practicar sus ocupaciones, siendo una de ellas, prepararse una bebida que hacen, conocida entre nosotros con el nombre de chicha.

Las jóvenes, cuando reglan por primera vez, solemnizan este suceso del modo siguiente: así que la moza se siente enferma, lo manifiesta á su madre, la cual, inmediatamente busca un parage en un ángulo del toldo, y allí le hace una cama formada de modo que pueda estar en ella, sin que la vea ningun hombre, y le es absolutamente prohibido levantar su vista para nada.

Al dia siguiente, muy temprano, la primera operacion que se hace con ella, es entregarla á dos mugeres, para que la saquen al campo y la hagan correr velozmente una larga distancia. Para esto, ya han sido avisados todos los parientes y demas amigos, que fulana se ha hecho muger desde tal dia.

Después que hace la carrera, regresa al toldo, fatigada, é inmediatamente la colocan en su cama; repiten esta operación al ponerse el sol, y por la mañana, la hacen que salga otra vez al campo, á recoger leña, la que trae á cuestras y la pone en tres puntos distintos; luego se juntan los parientes, y encienden fuego, celebrando de este modo el estado útil á que ha entrado la china.

Las indias, para criar sus hijos, se sirven, (en lugar de cama), de una tablita que tendrá dos piés de longitud y uno de latitud; esta tablita la alisan lo mejor que pueden, y en los costados, hacen quince ó veinte agujeros, con distancia uno de otro, de una y media pulgada; en seguida pasan por ellos unos cordeles ó correas, cuyas estremidades las anudan dejando un vacío semi-circular, para colocar al indiecito. Adentro de este vacío, ponen unas pieles de carnero, y varias otras, para llenar por este medio los claros que hacen los cordeles; envuelven á la criatura en un bayeta; la colocan dentro del cajoncito, y pasando una faja por encima de los brazos, y á los piés otra, queda ligado de modo que no pueda hacer otro movimiento que con la cabeza, que es lo único que queda descubierto.

Cuando se las ofrece salir del campo, toman la criatura encajonada, y se la echan á la espalda, asegurándola por medio de dos correas,

cuyas hebillas quedan prendidas por delante del pecho. Algunas que tienen muchos hijos pequeños, los acomodan muy bien, de manera que hay veces que el caballo lleva consigo una familia entera.

El modo de cabalgar de las chinas les facilita emprender toda clase de operaciones, por rápidas que sean, no estorbándolas sus hijos que, como dejo dicho, los llevan casi siempre cuando se hallan en estado de lactancia.

Si en la noche llora el chico, aproximan la tablita que lo tiene oprimido, y le dan el pecho sin sacarlo de ella, y lo sacan solamente cuando es necesario mudarlo, pero esta libertad dura cuando mas cinco minutos.

Moviéndome á curiosidad este modo de criar, les hice preguntas para que me dijese por que los criaban tan oprimidos, y segun ellas, es con objeto de que estando en esta posicion, forcejeen, y con este movimiento se desarrollen sus fuerzas y se crien mas pronto. El uso de la camita cuyo nombre en su lengua es «dicha», que bien pudiera llamarse desdicha, es para que se crien rectos, y tambien porque, de esta manera, los pueden llevar con mas facilidad.

De este modo, continua la criatura hasta que principia á dar los primeros pasos, y para facilitárselos, los tienen desnudos, en razon á que el *chamal* que hace las funciones de man-

tilla, les es un estorbo para darlos, á los dos años, les visten con el vestido peculiar.

Cuando llegan á la edad de la adolescencia, les cuentan las hazañas de sus antepasados, estimulándolos así para que los imiten; lo mismo se afanan para que hablen con purismo, no permitiéndoles que digan una palabra mal; siendo tan útil para la nacion, que tenga ciudadanos que sepan hablar, cuando hay que gestionar asuntos de entidad. Les recuerdan, al mismo tiempo, el derecho que tienen de sus tierras, y que siempre deben tenerlo en vista, para sus intereses.

Los indios comen regularmente carne de yegua; pero cuando tienen de vaca, no la desprecian. Asi mismo, comen la carne de aves-truz y otros animales que cazan en el campo. Son afectos al pan, y cuando tienen con que comprarlo, lo hacen, comiéndolo todo de una vez.

La comida es asado, á peñas se chamusca, y la salsa consiste en sal «chazí»; se comen cruda la riñonada, y el nonato si la res está preñada. La sangre del animal la aprovechan en lavarse la cara y la cabeza, como tambien la emplean en lugar de javon para lavar sus mantas.

Algunos son muy aficionados á comerse los hígados de la res sobre caliente.

El comercio que hacen en tiempo de paz , es importar sal , la que permutan por caballos y otras especies.

El trigo que compran lo ponen en una planchuela y lo tuestan ; luego hacen dos comidas : la una con agua fria , y la otra con caliente : igual operacion hacen con la cebada.

Ponderan mucho nuestros guisos , y son unos Eleogábalos para comer: rara vez quedan satisfechos. Su bebida ordinaria es agua : pero esto es cuando no tienen un peso para comprar « polcú » (aguardiente).

Cuando es hora de comer , todos acuden con presteza á su puesto , y sobre una piel de carnero ponen la olla con la comida. Cada uno tiene un « rali » (plato), y en este les sirve la china.

Despues que han comido lo magro , se toman el caldo en el « rali » y á buen seguro que conviden á nadie , mientras comen. Los que han venido tarde ó se quedan sin comer , ó les sucede lo que al buey lerdo.

Por lo regular , son tres comidas las que hacen en el dia , sin perjuicio de comer algo en los intermedios.

Sobre el toldo tienden sus charques para que se sequen al sol , y son tan prácticos en esto de hacerlos , que los dejan tan delgados , que parecen unas telas. Cuando están secos , los guar-

dan en la cabecera de la cama, y á veces los comen crudos, con un poco de sal.

En lugar de vela para alumbrarse, usan un candil de grasa de potro; y al tiempo de acostarse, lo apagan, quedando sahumados, hasta que se estingue la mecha.

Las mantas que les sirven de trage se las echan por encima de la cabeza, y así se quedan dormidos. Si llueve á mitad de la noche, á penás hacen un movimiento lateral para esquivar el cuerpo de las gotas que caen por los agujeros del toldo.

Si algun cristiano trata de hacer una invasion nocturna en estos lares salvages debe tomar todas las precauciones necesarias para que no sea sentido; si logra penetrar dentro del toldo, ya puede contar la presa segura.

No importa entonces que las vecinas oigan el diálogo, pues guardan silencio: El toldo no tiene mas puerta que un cuero, que de dia, está suspendido, y de noche, lo dejan caer á manera de telon de teatro. Pero no se crea que el amartelado galan tiene facilidad para penetrar por tan insegura puerta; pues un indio atravesado por dentro, y veinte perros al lado, se lo impedirian, lo que hace entonces es rondar los ángulos del toldo, y ver que partes son accesibles.

Tiene que ir provisto de su cuchillo, para cortar algunas cuerdas que unen las pieles que

sirven de cortina , y entonces levanta el cuero y se introduce en el toldo. Habiendo logrado penetrar, queda garantido bajo la proteccion de las leyes de la hospitalidad.

Las indias son muy amigas que las guarden secreto , y si alguna vez saben que ha sido divulgado , rompen su amistad , siendo difícil recobrarla. El cristiano que quiere casarse , tiene que hacerlo segun el uso de la nacion , y yo he visto algunos que les ha costado la fiesta mas de cinco mil pesos invertidos en la compra de especíes , para regalar á la crecida parentela de la muger.

DEL MODO DE ADMINISTRAR JUSTICIA.



El cargo de cacique ^{es} hereditario, con exclusion de las mugeres. Regularmente, los indios mas ricos y que se distinguen por su valor y demas calidades marciales, son los que apoyan al que, por muerte ú otro accidente, ocupa el lugar del cacique fallecido, caso que no tuviese hijos varones.

A mediados del siglo pasado, la eleccion para ejercer este empleo, sola recae en el indio mas valiente, y cuyos antepasados hubiesen siempre hecho proezas en las guerras intestinas que frecuentemente tenian que sostener. Se ve, pues, que en este tiempo, si el hijo mayor de un cacique no sobresalia en valor, perdia el derecho de sucesion, mirándolo los demas como á un soldado cualquiera. Tambien la elocuencia era un título mas que suficiente para la candidatura.

Las querellas que tenian lugar eran dirimidas de un modo particular. El cacique no tenia

poder para castigar ni ingerencia en ellos. Este sistema raro producía disputas que concluían por matarse los querellantes unos á otros. Si el cacique ó guilman acometía á algun indio de su tribu, y este se consideraba con fuerzas propias, aceptaba la lucha, y si salía bien, recibía congratulaciones por haber rendido ó muerto á un cacique, sinónimo de valentía. No quedaba por eso muy seguro el vencedor, pues si el vencido tenía muchos parientes, entonces, se trababa una nueva lucha con él. Si de esta batalla colectiva, resultaban vencedores los parientes del cacique, exigían á los del que lo venció, una retribucion. Siempre le quedaba al indio la gloria de haber humillado á su gefe, aunque perdiera cuantos bienes poseyese.

Entre los delitos que se cometían, los de mayor enormidad eran el hurto, el homicidio, el adulterio y la hechicería. El que mataba, debía ser muerto, si no tenía con que remunerar el perjuicio inferido.

Si una muger cometía el crimen de adulterio, tenía que pagarlo con la vida, teniendo, para esto, el marido que recaber la acquiescencia de todos sus parientes. Si se anticipaba á darla muerte sin haberlo anunciado, perecía luego, á manos de los parientes de la muger.

Si un indio efectuaba un robo y era descubierto, no pudiendo negarlo, tenía que pagar con sus bienes al que hubiese sido robado por él.

Sí el ladrón no tenía bienes ó hacienda, el pariente mas próximo de este tenía que pagar al damnificado.

El hechicero ó hechicera que era descubierto moría en una hoguera, por los parientes del que hubiese sido dañado. Frecuentemente tenía lugar este procedimiento, atribuyendo á brujería lo que era muerte natural.

Concluidos los funerales, procedían á la junta de duelo, y allí, en presencia del cádaver, hacían venir á la augura, para que declarase quien era el brujo que había causado la muerte á su pariente. Esta, mediante una regular propina, delataba al brujo ó bruja que se le venía á las mientes.

No hay mas necesidad de autos ni otros trámites que esta declaración que creen infalible, para sacrificar á la víctima designada. Todos los parientes del difunto se reúnen, y á la madrugada, asaltan el toldo de la supuesta hechicera. Mientras unos hacen este asalto matutino, otros se dirigen al campo, donde encienden una hoguera, y esperan á la infeliz que debe servir también de combustible.

No hay súplicas que valgan; todos los esfuerzos son inútiles; es preciso que se conforme con el fatal destino que le ha sido deparado.

Una vez conducida al lugar del suplicio, la toman unos de los pies y otros de las manos, y con el traje en que ha sido hallada, la

tienden sobre el fuego , pidiéndola confiese sus cómplices. La desdichada culpa á quien se le antoja , creyendo salvarse por este medio ; pero no lo consigue. Cuando dice que ya no tiene mas que declarar , la arrojan al fuego , quedando pronto reducida á cenizas.

Las que han sido delatadas corren igual suerte , si no tienen bastantes bienes para contentar á los que las creen causa de la muerte del que motiva este trágico quanto extraordinario modo de hacer justicia.

En un viaje que hizo á Antuco D. Luis de la Cruz , refiere una célebre justicia que tuvo lugar de esta manera :

« Fué causada por la muerte de un indio viejísimo llamado Topa Languén , padre de mi amigo Tréca. Es de advertir que , en el dia , no tienen los Pegüenches adivina , y así con la muerte de este anciano , se veian confusos sin hallar á quien culparla. Se juntaron todos los parientes , y unánimes resolvieron mandar á los llanos á un emisario que consultase sobre la materia con una adivina. Fué el mensage con las dádivas correspondientes , y hablando con esta , le dijo que la muger del gobernador Manquel , llamada Retuy , y un moceton , sobrino suyo , nombrado Gueyquin , habian sido los que hicieron el daño. Volvió el emisario , y se juntaron para oirlo , y así que dió la contestacion , se desprendió fuera

» de la junta con otros parientes; fueron á la
» casa de Manquel, y allí mismo mataron los
» delincuentes. La pobre muger de Manquel, en
» los dolores del agovio que le causaba Tñica,
» gritó que la suegra de este era la bruja, y
» así que Manquel lo supo, lo que llegó á su
» toldo, fué tambien con los suyos y mató á la
» suegra de Tñica. En esta ocasion no usaron
» fuego, porqué temieron á la crecida parentela
» de Tñica.

» Este sistema de proceder es allí un manan-
» tial de crecidos desordenes, puesto al au-
» mento y conservacion de su nacion, y á la
» pública y privada seguridad, y cuando por
» el capricho de las fingidas adivinas, se culpa
» la muerte á alguna persona de otra tribu,
» entonces son los fuertes malones, saqueos y
» guerras, hasta poder merccer á la hechicera.»

DEL ENTIERRO.

Era costumbre antigua de los indios enterrar á sus muertos con todo lo que les hubiese pertenecido. Así era que si un indio poseia alhajas de plata, eran fielmente depositadas en su fosa; poniéndole además una olla con comida, cachara y cubierto, para que segun ellos, tenga mantencion el difunto. Si tenia caballos, ellos eran muertos por los parientes, y las osamentas servían para apuntalar la sepultura, reservando algunos para aumentar la pompa funeral y trasportar las reliquias del difunto á su última morada. El objeto que tenian, al matar los caballos, era que creian que el difunto, á horas altas de la noche, hacia un viage á « Alhue-mapú » ó pais de los difuntos. Eran tan escrupulosos en observar esta costumbre, que jamas se ha oido decir que cometiesen hurto alguno, suponiendo ellos que la muerte no priva al que la recibe de ciertos órganos, principalmente del

auditivo, y les parece imposible que alguien se atreva á robar al que puede oír cuanto pasa fuera y adentro de la tierra. Tambien se inclinaban á creer que la muerte era un sueño perpetuo y apacible; que el menor movimiento despertaba al difunto, y entonces este hacia una declaracion de todo cuanto hubiese pasado desde que se durmió.

Refiere D. Luis de la Cruz, en su memoria descriptiva, que : « En la espedicion que practicaron los españoles en el año de 1746, algunos soldados caminando cerca de 30 leguas al oeste del puerto de San Julian, encontraron unos de estos sepulcros, que contenian tres esqueletos y los de tantos caballos apun- talados al rededor. »

Ha sucedido tambien encontrar las partidas exploradoras del regimiento de húsares que mandaba el coronel Rauch, sepulcros conteniendo esqueletos humanos y porcion de especies de plata que caian en poder de estas.

En la actualidad, han variado mucho en esta ceremonia, diciendo que los cristianos les roban á los muertos, valiendose de hechicerias y que por esta razon, no los entierran con sus prendas. Todo lo que pertenece á ropa va á la fosa, no dejando en el toldo, ni señal de cosa alguna que le hubiese pertenecido. Un indio que murió poco ha, tenia un perro « tre-guá » que le seguia por todas partes, siendo

además sumamente diestro para la caza de aveztruces y otros animales. El día que fueron á enterrar al amo, andaba el perro fuera del toldo, y al ver la multitud de indios que llevaban el cuerpo, se vino trás de ellos, hasta llegar al parage que le era designado para sepultarlo. A la vista de esto, se puso á ahullar, y los indios que lo vieron, al instante le dieron la muerte, arrojándolo junto con el amo, pagando de este modo su fidelidad.

Los indios payaguas hacen su cementerio, situándolo en un bosque que esté á las orillas de algun rio. Tienen un cuidado especial en barrerlo, y arrancan la maleza que se cria en él; luego estienden varias esteras, [poniendo encima de sus sepulcros muchas campanas hechas de barro, unas dentro de otras, todas muy pintadas y gravadas con estraños dibujos.

En el momento que un enfermo espira, las viejas lo envuelven en una manta, con todos sus pertrechos, y la mujer ó parientes conchavan al que lo ha de llevar al cementerio, donde, antes, solian enterrarlos en pié, ó sentados, dejando la cabeza afuera, cubierta con una olla ó campana de barro; pero como los tigres diesen en comerlos, suprimieron esta costumbre y en su lugar, los entierran enteramente tendidos, y con tan poca tierra, que á penas los cubre, sepultando con él sus flechas y alhajas. Las mujeres lloran á los maridos difuntos un

par de dias , sin que hagan otra demostracion de duelo ; però si el muerto fué en accion de guerra , ó exerció algùn cargo , es llorado mas dias , y por todas las mujeres , las cuales no cesan , dia y noche , de dar alaridos y vueltas al rededor del toldo donde falleciera. Los varones no se mezclan en estos duelos femeninos.

Nuestras indias pampas son mas severas en sus duelos , pues así que mueren sus maridos , lloran y ayunan por mucho mas tiempo que lo hacen aquellás , reduciendose á la inçomunicacion con otras personas , y sólo salen de los toldos para lo mas indispensable de la vida , no se lavan las manos , ni la cara ; antes la conservan ennegrecida con el olin , se abstienen de comer carne de yegua y de vaca ; solo les es permitido otra clase de alimentos.

Les es vedado contraer segundas nupcias antes de concluir el año de viudez , y son en esta práctica tan vigiladas , que si han tenido comunicacion con algùn hombre , y son sorprendidas por los parientes del difunto , estos matan á ambos ; esto es en caso que la comunicacion hubiese sido espontanea ; que si resulta violacion , entonces se castiga al culpable.

No sucede esta costumbre entre los hombres , de llorar ni observar restriccion alguna en sus alimentos.

Para conducir los restos de sus parientes , los ponen dentro de la piel de uno de los caballos

que matan, y los colocan luego sobre él que mas estimacion hubiese merecido en el concepto del difunto, el cual dejan vivo solo, con este motivo de utilidad. Suelen adornar al caballo que es honrado con una carga, segun ellos, tan preciosa, con ponchos, mantas, plumas y otras prendas, llegando el séquito hasta el parage destinado á recibir los huesos.

Otras tribus se diferencian de nuestros indios en el modo de enterrar á sus muertos. La deviche, generalmente, despues que muere algun indio, deja que se consuma bien, hasta que solo quedan los huesos, los cuales atan cada uno en su lugar respectivo, y los envuelven con sus mejores telas, adornandolas con plumas, cuentas y otras varias cosas.

Los hoyos que hacen para enterrar sus muertos, son cuadriláteros con bastante capacidad para contener todo lo que echan junto con ellos. Cada año limpian los huesos y mudan los adornos con otros nuevos, quemando los fragmentos de los que han servido el anterior.

Escogen una india que reuna bastante talento y que sea de las mas antiguas de la tribu, á quien le está cometido cuidar de sus sepulturas, esta es la razon porque este empleo se tiene en gran veneracion.

Cuando llega el dia de abrir las fosas, ya tiene la china algunas vasijas de chicha, que prepara la noche antes, para echarlas dentro

de la sepultura, dejando otras para brindar á la memoria de sus deudos.

Eligen para practicar estos hoyos los parages que sean menos distantes de las ordinarias habitaciones, y todos los esqueletos de caballos que fueron del muerto, los colocan en forma piramidal, algunas veces, y otras, hacinados sobre el sepulcro.

Los Moluches y Talhuehes enterraban sus muertos de la manera siguiente: cuando se moria un indio, elegian una de las mugeres mas caracterizadas, nombrandola inmediatamente para que practicase la anatomia del cuerpo, estrayendole primero las entrañas, que tan luego como las sacaba, las quemaba y reducia á cenizas; los huesos los descarnaba, enterrándolos en seguida.

Todo el tiempo que la china empleaba para la ceremonia anatómica, los indios se vestian de mantos largos hechos de las pieles de varios animales que cazaban en el campo.

Se pintan la cara de negro, sirviendose para esto del olin; dan vuelta al rededor del toldo, llevando las lanzas, y cantando tristemente ó hiriendo la tierra, para espantar los gualichos ó demonios. Otros se dirigen á dar el pésame á la viuda, llenandola de bendiciones y consolandola, pero interesados siempre en que se les dé algo en recompensa del dolor manifestado.

La viuda les hace algunos regalos, y mientras

dura la visita, lloran, ahullan y cantan en un tono muy sentimental, haciendo contorsiones y forzando lágrimas; otros se punzan los brazos con espinas, hasta brotar sangre, y estos, por consiguiente, son los mas bien regalados.

DE SU RELIGION.



Algunas personas creen que los indios yacen en una completa ignorancia, y que carecen de toda idea acerca del autor de la naturaleza. Todas las naciones del mundo adoran al Ser Supremo bajo distintas formas y lo reconocen como superior á todas las cosas. Nuestros pampas, conservando su religion algo supersticiosa, dicen que Dios es mas grande y poderoso que todos los hombres del universo; que segun sus antepasados, tiene poder para castigar á los malos y recompensas para los buenos. Su creencia la dividen en dos potencias superiores: en la primera colocan á Dios con el nombre de « Fecha Huentú », esto es, el hombre mas grande y poderoso: y en la segunda á « Gualicho » ó demonio, creyendo en este un poder para causar los males que suelen afligirlos, y teniendo la obligacion todos ellos de buscar los medios de destruirlo. Tambien han formado un número de deidades, supo-

niendolas vinculadas con algunas familias de indios, de las cuales ha surgido Dios. Presumen que estas deidades habitan en unas moradas sub-terráneas, las cuales se hallan debajo de algunas lagunas, conocidas con el nombre de « fecha lauquén » ó tambien en una montaña.

Es tradicional la creencia de que cuando algun indio muere, vá su alma á habitar en la morada de una de sus deidades, especialmente en la de aquella que el muerto haya hecho veneracion en vida, lisonjeandose ademas con la seguridad de que despues de muerto, estará siempre beodo, pues que en dichas moradas nada falta de todo cuanto se puede apetecer.

A estas mismas deidades atribuyen la creacion del mundo; añadiendo que primero crearon los indios en sus cuevas, proveyéndolos de sus armas peculiares, y arrojándolos al mundo para que se multiplicasen y cuidasen de si mismos.

Preguntándoles sobre si sabian quien fuese el criador de todo cuanto hay en el universo, me respondieron que segun ellos, lo tenian sabido: quien crió el mundo fué « Soy-Chú » que significa en su lengua el dueño de la tierra y de cuanto ella contiene.

Dicen que el « Gualicho » ó espíritu maligno tiene muchos hijos que vagan por el mundo en diferentes formas, á los cuales atribuyen todo el mal que se hace, sea á hombres, mugeres ó

niños; no librándose las bestias. Son tan obstinados en creer esto, que no hay cosa que les suceda en perjuicio, que no la atribuyan á los demonios,

Cada tribu suele tener sus hechiceros y adivinos, y suponen á estos poseidos del espíritu del demonio el cual los protege y les avisa todo lo que puede sucederles, y aun lo que pasa al presente, por mas lejos que acontezcan las cosas, y que los ayudan á curar los enfermos.

Cuando mueren estos hechiceros, creen que se convierten en demonios; pero que por mas que hayan de estos en el mundo, nunca puede haber tantos como ellos son, pues mas son los que nacen que los que mueren.

Los indios que creen en esta mala potencia, la rinden un culto especial, y para practicarlo, se reunen en el toldo del adivino, el cual está oculto en un rincon de él, teniendo á su lado una ó mas calabazas rodeadas de conchas; y algunos sacos de pieles de animales pintados por fuera, en que guarda los materiales de sus encantamientos. La ceremonia principia haciéndose un gran ruido con las calabazas; finge despues un combate con el demonio que supone entrado en él, tiene los ojos elevados, y gesticula echando espuma por la boca; descompone sus coyunturas. Despues de varias contorsiones, toma una postura inmóvil: al rato, para significar que ha ganado la batalla contra el

demonio, finge dentro de su tabernáculo una voz chillona y dolorida como imitando la de un espíritu que ha sido vencido. Ultimamente, toma una « loncó caguello » cabeza de caballo, se sienta en ella, y desde allí responde á todas las preguntas que le hacen los de la secta.

Los indios Guatos (en tiempo de la conquista, rendian adoracion á una serpiente monstruosa, la cual cuando llegaron los españoles, en el año de 1541, hallaron en la plaza del pueblo de estos indios, dentro de un espacioso círculo construido de fuertes palos clavados y de forma piramidal. Por la parte superior era encañado, cubriendo el techo con hojas de palma, para preservar á la referida serpiente de las lluvias y el granizo que frecuentemente caía.

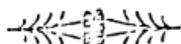
Los espectadores quedaron espantados á la vista de una cosa tan extraordinaria que causaba terror á los que se fijaban en contemplarla. Era sumamente gruesa, cubierta de escamas tan grandes como un plato comun; la cabeza aplastada y enorme, con diformes colmillos, los ojos pequeños y encendidos y centellantes; la cola tablcada de dura y negruzca piel, siendo en partes manchada de varios colores. Ninguno la miraba que no se le espeluzase el cabello. Varios soldados comenzaron á arcabucearla, y los indios amigos que iban con los españoles á clavarla con sus flechas.

Al sentirse herida, comenzó á revolcarse, arrojando gran cantidad de sangre, y dando espantosos silvos, con tanta ferocidad, que no quedó uno solo de los circunstantes que no temblase. Murió por fin, y entonces se trató de investigar de algunos naturales de aquel país que los demas habian dejado abandonado, huyendo de los españoles; ¿ por qué hacian adoracion á esta serpiente, respondiéndole que el demonio estaba contenido dentro de ella, el cual les hablaba, cuando ellos querian saber algo.

Para el sustento de esta serpiente, emplean la carne humana de aquellos que morian en las guerras que se hacian unos á otros, prefiriendo siempre la de los cautivos ó prisioneros.

DEL DIALECTO DE LOS INDIOS.

13



En todo el tiempo que he estado en contacto con los indios, jamás les he visto persignarse, y movido por la curiosidad, hice venir á mi carpa, al hijo del cacique Mayka, llamado Mariano, que sirve actualmente en el ejército de operaciones, en clase de ayudante, cuyo indio habla el español regularmente y posee muy buena inteligencia, á fin de entablar con él algunas conversaciones, y conocer las voces con que esplican ellos la doctrina cristiana.

Para comprender las respuestas que tenia que darme Mayka, le propuse el siguiente diálogo, rogándole que lo que yo le preguntase en español, lo repitiese en su lengua y vice-versa.

- | | |
|--------------------------------------|--------------------------------------|
| ¿ Cheu muli Dios?
P'umo sumecay. | ¿ Donde está Dios?
En los cielos. |
| ¿ Chuntén Dios muli?
Quiñe mutén. | ¿ Cuantos dioses hay?
Uno solo. |
| ¿ Cagnelo Dios muley?
Muley-cá. | ¿ Hay otros dioses?
Si, hay. |

¿ Nipigugué?	¿ Cuales són?
Dios llallay.	Dios padre.
Dios vot-hom.	Dios hijo.
Dios persona gueyúm.	Dios Espíritu Santo.

Las palabras mas familiares que he podido aprender y cuya escritura es sumamente difícil, por ser un idioma muy aspirado, pongo á continuacion aquellas que presentan mas facilidad de vertirse :

Lonkó.	babeza.
Agué.	Cara.
Nieé.	Ojos.
Hum.	Boca.
Kenum.	Lengua.
Yuú.	Nariz.
Voró.	Dientes.
Anká.	Cuerpo.
Puá.	Vientre.
Cuú.	Mano.
Nagmún.	Pierna.
Piuoqué.	Corazon.
Hueuú.	Niño.
Lakú.	Abuela.
Papay.	Madre.
Llallay.	Padre.
Mallé.	Tia.
Vot-hóm.	Hijo.
Nahué.	Hija.
Quempú.	Cuñado.
Quempú-Somó.	Cuñada.
Peñi.	Hermano.
Lamuén.	Hermana.
Chezquí.	Suegro.
Futá.	Marido.
Curé.	Muger.

Anay.	Amigo.
Cayñé.	Enemigo.
Ruká.	Casa.
Leoufú.	Arroyo.
Curá.	Piedra.
Có.	Agua.
Hiló.	Carne.
Cofqué.	Pan.
Chassí.	Sal.
Mamuhel.	Leña.
Quetréal.	Fuego.
Ralí.	Plato.
Utrúm.	Cuchara.
Machito.	Cuchillo.
Pafá.	Caldera.
Challá.	Olla.
Carú.	Jarro.
Cancaguel.	Asador.
Toquin.	Hacha.
Trelqué.	Cuero.
Perquin.	Pluma.
Polcuy.	Aguardiente.
Cumultué.	Espejo.
Pañu.	Pañuelo.
Quelú Capá.	Manta colorada.
Calli-fú capa.	Manta azul.
Llancatu.	Collar.
Traricú.	Pulsera.
Trarinagmun.	Adorno para la pierna
Tupú.	Alfiler.
Chagaitu.	Arroz.
Charaolla.	Calzonsillo.
Colufcú.	Mate.
Yergué.	Yerba.
Asucra.	Asucar.
Petrén.	Tabaco.
Cieáro.	Cigarros.

NOMBRES DE ALGUNOS ANIMALES.

Cahuello.	Caballo.
Ahucá.	Yegua.
Manssum.	Buey.
Huacá.	Vaca.
Pagi.	Leon.
Quirqué.	Lagarto.
Huetél.	Mulita.
Filú.	Vívora.
Treguá.	Perro.
Chuiqué.	Avestruz.
Pio Somó.	Gallina.
Pio huentrú.	Gallo.
Pio curán.	Huevos.
Villcum.	Lagartija.

Los nombres que representan los números para la contabilidad, son los siguientes, que se reducen á hacer jugar, por medio de un sistema fácil y completo, para sus negocios.

Quiñé.	Uno.
Epú.	Dos.
Clá.	Tres.
Meli.	Cuatro.
Quechú.	Cinco.
Cayú.	Seis.
Reglé.	Siete.
Purá.	Ocho.
Ayrá.	Nueve.
Marí.	Diez.
Mari quiñe.	Once.
Mari epú.	Doce.
Mari clá.	Trece.
Mari melí.	Catorce.
Mari quechú.	Quince.
Mari cayú.	Diez y seis.
Mari reglé.	Diez y siete.

Mari purá.	Diez y ocho.
Mari ayrá.	Diez y nueve.
Epú mari.	Veinte.
Clá mari.	Treinta.
Clá mari quechú.	Treinta y cinco.
Meli mari.	Cuarenta.
Quechú-mari.	Cincuenta.
Cayú mari.	Sesenta.
Reglé mari.	Setenta.
Purá mari.	Ochenta.
Ayrá mari.	Noventa.
Pataca.	Ciento.
Huaránca.	Mil.
Pataca huaranca.	Cien mil.

—

Son tantas las significaciones que pudiera traducir, que por no causar tedio, suspenderé de hacerlo ; pues mi objeto no ha sido escribir una gramática ni menos diccionario, sino dar alguna idea del dialecto de nuestros pampas. En una palabra, de la conversacion que sostuve con Maycá, resultó quedar convencido que el idioma de los indios es abundante, y no como algunas personas creen, que llaman al pan, pan ; y al vino, vino. Ellos conocen y tienen los nombres propios para todas sus cosas, con la diferencia que hacen jugar al adjetivo como sustantivo; pues por decir : hombre bueno, dicen : « cumey huentrú » ; esto es buen hombre que nosotros la tomamos en el sentido de un manso de espíritu.

FRASES FAMILIARES.

Mari-mari.	Buenos días.
¿ Cumelacay mi ?	¿ Como están Vds. ?
Cutram muley.	Con enfermos.
¿ Ni huentu ó somó cutran ?	¿ Quien es el enfermo ?
Inché ni pichi bot-hom.	Mi hijo pequeño.
Chaola ca copay.	Ahora volveré.
¿ Coy latu laymy ?	¿ No es mentira ?
Mú, upin cay.	Nó, de veras!
Yá, amulan, matucalé, ca copaimi.	Bueno, anda y vuelve pronto.
Elupán cofqué.	Traenos pán.
Fil eluem.	Todo les traeré.
¿ Curé llegayú ?	¿ Quieres casarte ?
Pilan.	No quiero.
¿ Chemuta pilay ?	¿ Porqué no quieres ?
Cumelay futá ayimi.	Porque serás mal marido.
¿ Chumul copaymi inché ni ruca ?	¿ Entonces, cuando vienes á mi casa ?
Ulé.	Mañana.
Cume pinqu amuan, inche amulan rutcaulay mi, peymí ?	¿ Quieres que vaya luego por tu corazón ?
Siguel, y guél.	No me digas bromas !
¿ A lú huentrú muley mirucamu ?	¿ Mucha gente hay en tu toldo ?
Yuché ni papay guizú.	Mi madre solamente.
Fenté quillipé, cume somó.	Adios, hermosa china !
Fenté quillipé fofohuin-ká.	Adios, cristiano bóbo.

DIALOGO ENTRE UN PULPERO Y UN INDIÓ.

P. ¿ Chumpeymi anay ?
I. Paseapen.

P. ¿ Que andashaciendo ?
I. Paseando.

- P. ¿ Chentaculaymí. ill-aninch ?
 I. Trelqué cahuélo.
 P. ¿ Chunte pilainí?
 I. ¿ Chuntevi élucn ?
 P. ¿ Quimilaben , cumelay ?
 I. Itró cumey fechá trelqué.
 P. Yá, nacupan , trelqué , inché illál.
 P. Cumpamu , anay.
 I. Tufá trelqu .
 P. Faó anelí.
 P. ¿ Chièn peymí?
 I. ¿ Cof qué , muley ?
 P. Nielay.
 I. ¿ Chiem muley ?
 P. Yergué , petrén , polcuy.
 I. Pol cui'eluaven.
 P. Cumey , pulpero ?
 I. Itró cumelay.
 P. Chunté curé muliaimi ?
 I. Epú mari , nien inché.
 P. ¿ Pilaymi , chiñora tuteló ?
 I. May , tuteló chiñora.
 I. Alú lamuen muley ay-mí ?
 P. M̄ari l̄ainuen nien.
 I. Elupanmeli.
 P. Yá , épué eluen.
 I. Fente , peñi.
 P. ¿ Que traes : yo compro ?
 I. Cueros de caballo.
 P. ¿ Cuanto quieres ?
 I. ¿ Cuanto me das ?
 P. No sé ; segun su calidad.
 I. Es superior y grande.
 P. Bueno ; bájalo , que te lo compraré.
 P. Entra , amigo.
 I. Toma el cuero.
 P. Sientate.
 P. Pide lo que quieres
 I. ¿ Tienes pan ?
 P. No tengo.
 I. Y entonces , que tienes ?
 P. Yerba , tabaco , aguardiente.
 I. Bueno ; tomaré aguardiente.
 P. ¿ Que tal pulpero soy ?
 I. Muy inferior.
 P. ¿ Cuantas mugeres tienes ?
 I. Veinte , solamente.
 P. ¿ Te agradan las cristianas ?
 I. Sí ; me gustan mucho.
 I. ¿ Tienes muchas hermanas ?
 P. Tengo diez
 I. Dáme cuatro.
 P. Bueno ; despues , te daré.
 I. Adios , hermano !

